

REVISTA GRÁFICA



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



SIROP

DEPURATIVO VEGETAL

Jarabe
doctor

CHABLE

— EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE —

Se vende en Farmacias y Droguerías

Aberdeen

Sastre
Escocés

1, rue Auber

Y

9, b. Malesherbes

PARÍS

Casa fundada en 1881

El mayor surtido
en paños ingleses
y escoceses : : :



Especialidad en Homespuns

A los ASMÁTICOS

A los que se sofocan

A los que tosen

Los médicos dicen hoy: Usad los

POLVOS LOUIS LEGRAS

Es un remedio maravilloso que calma instantáneamente los más violentos accesos de *Asma*, la *Tos* violenta y prolongada de las *Bronquitis* antiguas, en *Catarro* y sus consecuencias de la *Influenza*.

Los **POLVOS LOUIS LEGRAS**

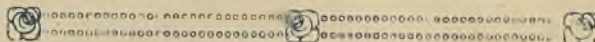
dan siempre los mejores resultados

En todas las farmacias hispano-americanas

En Buenos Aires : **BADARACCO Y BARDIN**, 569, Cuyo

H. BERTHIOT farmac.

14, rue des Lions, París



CATARROS
antiguos
y
recientes

TOSES, BRONQUITIS
radicalmente **CURADAS**
POR LA

SOLUCION
PAUTAUBERGE

que procura *Pulmones robustos*,
despierta el *Apetito*, aumenta
las *Fuerzas*, seca las *Secreciones*
y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.

REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 2

1º Marzo 1914

Precio

60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes

Director : José MUÑOZ ESCÁMEZ

222. Boulevard Saint-Germain, París

Teléfono 757-90

Sucursal. 471 - Calle de Sarmiento, Buenos-Aires

Nº 17

Suscripción

20 francos

por año

UN NUEVO MONARCA



EL NUEVO PRÍNCIPE DE ALBANIA EN PARÍS

El fotógrafo le ha retratado en el instante en que recibe una corona de flores de la colonia albanesa, al apearse del tren.



La vieja ciudad de Durazzo, actualmente capital de la Albania, y á la que se ha dirigido el nuevo soberano. La joven monarquía tendrá que transformarse no poco, y el público mundial sigue con interés los incidentes serios y cómicos de este nuevo estado, aún desconocedor de los hábitos protocolares debidos á una nación que se respeta.

ALBANIA

La generación actual no podrá decir que no ha conocido serias variaciones en el mapa político de Europa y de América. Me parece inútil recordarlas por ser de sobra conocidas.

Lo que sí merece capítulo especial es la constitución del nuevo Estado de Albania, á cuyo frente Europa ha puesto al príncipe de Wied.

A los que no hayan estudiado á fondo este país, les parecerá cosa llana y sencilla lo hecho por las potencias; pero bastará saber la serie de garantías que el príncipe ha pedido á Europa, para darse cuenta de que el problema no sólo no está resuelto, sino que apenas se encuentra planteado en regla.

Albania no es un país homogéneo. Ni la raza, ni la lengua, ni la religión unen entre sí á los distintos elementos que pueblan el territorio albanés.

Desde el punto de vista de la raza, la parte Norte está habitada por los *guegas* y la meridional por los *toskos*. Ambos pueblos se dividen en dos fracciones distintas: cristianos y musulmanes. Los guegos cristianos son católicos; los toskos cristianos pertenecen á la iglesia griega. Los guegos y los toskos musulmanes se llaman *arnautas* ó *begs* y forman una clase privilegiada. Estos son los perseguidores más sañudos de los cristianos, á los que tratan con la más salvaje ferocidad. Ellos son los propieta-



Los rincones pintorescos no faltan, ni tampoco los tipos, y en esta fotografía se ve un grupo de niños albaneses. Y aunque mal vestidos, sus caritas tienen líneas muy simpáticas; pero luego la vida primitiva que se ven obligados á llevar — pues, por decirlo así, en Albania no existen casi poblaciones — transforma por completo su carácter, que aún es un enigma. En lo venidero únicamente podrá saberse si han sido dignos de que se les otorgue la libertad tan ansiada y que, hace algunos años, cuando nuestro compatriota Pedro Aladra fue declarado pretendiente al trono, era considerada como un sueño lejano.

rios del suelo y los cristianos los que lo trabajan, verdadero estado de servidumbre medioeval incompatible con la vida moderna.

Los guegos católicos llámanse *mirditas* y están divididos en tribus independientes unas de otras y gobernadas por un jefe y un consejo de ancianos. En caso de guerra, se reúnen los consejos de varias tribus y eligen un capitán (*voivoda*), que cesa de ser jefe en cuanto desaparecen las circunstancias que determinaron su elección.

Los *mirditas* montañeses reciben el nombre de *malisores*.



Dos jefes albaneses: Smail Klori y Taoli Patori. Son dos temibles cabecillas albaneses con los que deberá contar el príncipe de Wied en las futuras complicaciones que, probablemente, estallarán en un país naturalmente inquieto.

En cuanto á determinar el número de habitantes de Albania es una tarea imposible. El censo no ha existido nunca allí, ni siquiera se sospecha su existencia. Los cálculos que parecen más aproximados á la verdad, son los siguientes:

Arnautas (guegos y toskos musulmanes)	350.000
Guegos católicos	300.000
Toskos, cismáticos griegos	350.000
Kulzo-valacos, también cismáticos	100.000
Población de origen griego	150.000
» » » servio	200.000
» » » búlgaro	50.000
Osmaglies	50.000
Italianos, israelitas y eslavos	100.000

Total. . . 1.650.000

Véase, pues, [amezcolanza de pueblos, eligiones y lenguas que existe en el territorio confiado por las potencias á un príncipe alemán, y desde luego saltan á la vista las dificultades que han de oponerse al establecimiento de un gobierno regular más ó menos á la europea.

Por si esto fuera poco, una gran parte de esa población vive del pastoreo y se traslada de un punto á otro haciendo una vida nómada.

Y ahora viene lo interesante. Lo primero que hace falta para constituir un Estado es dinero. ¿Y de dónde, si no es de su bolsillo, lo sacará el nuevo príncipe?

Esto recuerda el dicho viejo: «¿Para qué sirven esos empleados? — Para cobrar las contribuciones. — ¿Y para qué sirven las contribuciones? — Para pagar á esos empleados.» El Estado albanés necesita una organización completa de que carece en absoluto. Ni ejército, ni marina, ni

tribunales de justicia, ni nada que á ello se parezca existe en Albania. Todo está por hacer, hasta el palacio del príncipe.

Tan cierto es ello, que el nuevo soberano va á alojarse en un viejo cuartel de Durazzo (cuartel turco, por supuesto), en el cual, por falta de escaleras, se entraba por las ventanas, mediante escalas de cuerda. Esto basta para dar idea del *confort* de que va á disfrutar el príncipe de Wied entre sus súbditos muy amados.

A todo escape han llevado allá algunos muebles y se han instalado aparatos higiénicos cuyo uso era totalmente desconocido entre los albaneses.

La corte del príncipe de Wied va á ser notabilísima. Por fortuna, las poten-

cias le han facilitado algunos secretarios, con los cuales podrá hablar, porque hasta ahora el soberano albanés sólo sabe decir: ¡Viva Albania! en la lengua del país, y no es seguro que lo pronuncie correctamente.

¿Durará la nueva dinastía? Sólo Dios lo sabe.

Pero es indudable que el príncipe tiene fundados temores de que sus queridos súbditos le jueguen una mala vuelta, cuando ha exigido que las potencias mantengan en Durazzo una escuadra internacional á fin de salvar la vida en el caso de poder llegar al puerto.

Tal vez en la capital logre ir civilizando á los albaneses; pero no será de envidiar la suerte de los empleados que



El sistema de canalizaciones no ha sido aún instalado en Albania, y los aguadores y aguadoras recorren las calles pregonando su mercancía.

Y no debe ser banal espectáculo el ver á estas mujeres y á los hombres con su característico tocado paseando junto á las personas vestidas á la europea y que en el cuadro que les rodea no pueden menos de desentonar.



He aquí un grupo de albaneses reunidos en amable compañía y charlando de sus últimas aventuras, ó de la prosperidad de sus rebaños, porque en este país casi todos son pastores ó cazadores, pues no es de suponer, que este estado se arruine, por el momento, con el excesivo presupuesto exigido para pagar á los empleados administrativos.

penetren en las montañas para recaudar los impuestos. Allí, se paga con balas y el fisco necesita moneda. Y si las tribus nómadas se ven apretadas por las fuerzas regulares, traspasarán bonitamente la frontera y se irán con sus ganados á los países colindantes para volver á Albania cuando el peligro haya desaparecido.

La misión del príncipe, es, pues, difícilísima y llena de peligros y de com-

plicaciones. No puede lastimar las creencias musulmanas y mucho menos las de los cristianos, tiene que respetar los usos y costumbres establecidos de tiempo inmemorial, y, por si esto no fuera bastante, tiene que defenderse de los embozados ataques de montenegrinos, servios y griegos, que no pueden ver con calma que se les arrebatara un territorio que habían conquistado á costa de su sangre.





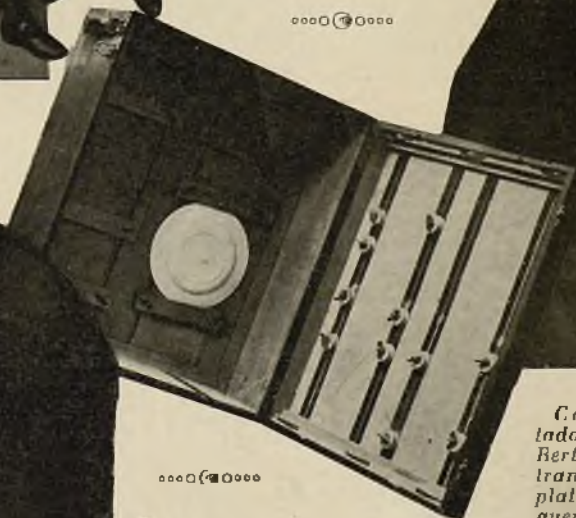
ACTUALIDADES



*Jóvenes inglesas,
en el comedor de la
obra fundada en
Paris por lord Radstock.*

*M. Bertillon, el cono-
cido doctor francés, fa-
llecido días pasados en
Paris. A él se debe el pro-
cedimiento para recono-
cer las huellas digitales.*

oooO(■)ooo



*Caja inven-
lada por M.
Bertillon para
transportar los
 platos que se
 querían estu-*

*diar, al fin de que los huellas digitales no fueran
borradas.*

*M. Alfredo Capus, que acaba de ser nombrado
Académico de la Lengua.*

ESPAÑA

El viaje de los reyes á Sevilla. — En su viaje á Sevilla, los reyes de España recibieron las más calurosas muestras de simpatía del pueblo andaluz. En la presente fotografía, S.M. la reina Victoria, coloca la primera piedra de la Casa-Cuna proyectada.



El ministro de Cuba en España, Sr. García (el segundo de la izquierda), con los señores Hernández Calá (el primero de la derecha), Pichardo, a su lado, é Insúa, á quienes ha ofrecido un banquete en la Legación de Cuba, con motivo de sus recientes triunfos literarios.

Los reyes de España y príncipes de Battenberg, al salir de visitar el torpedero n.º 2. Como se ve, los reyes, durante su breve estancia en Sevilla, no han descansado un minuto, ocupándose, como de costumbre, de todo.



Próximamente las elecciones, las masas se agitan, y de una y otra parte se hacen toda clase de esfuerzos. En esta fotografía aparecen los obreros sevillanos el día de la manifestación de simpatía en favor del Presidente del Consejo de ministros, Sr. Dato.

EN EL RETIRO

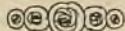
S. A. el príncipe de Asturias y el infantil don Jaime, dando de comer a los monos, en la casa de fieras del Retiro, á donde van frecuentemente.



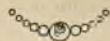
S. S. A. A. los hijos del Infante don Carlos de España, viendo el lanzamiento del globo efectuado recientemente en Madrid.



Los Presidentes de las diputaciones provinciales de Cataluña en su visita al presidente del Consejo, Sr. Dato, y al ministro de la gobernación, para entregarles el plesbicio de Cataluña, favorable á las Mancomunidades, tan ardientemente esperadas por la mayoría de los catalanes.



El director del Observatorio Meteorológico de Madrid, explicando á los infantitos el funcionamiento de los globos sondas. Los secretos de la Ciencia comienzan ya á desflorarse ante los ojos curiosos de los simpáticos hijos de Don Alfonso XIII.





M. André de Fouquières, el príncipe de la elegancia, que acaba de marchar de viaje para dar una serie de conferencias sobre el "chic" masculino. No dudamos del éxito del ilustre conferenciante, pues M. de Fouquières, además de ser un hombre elegante, sin rival, es un hábil "causeur".



En el Havre ha habido grandes manifestaciones, con motivo de la llegada á esta villa, para realizar un acto político, de los antiguos ministros franceses señores Briand y Barthou. Los socialistas, que habían hecho una copiosa provisión de pitos, silbaron hasta quedar sin alientos. Sin embargo, los hombres políticos supieron encontrar una sonrisa para sus adversarios. M. Barthou, como recuerdo, pidió y obtuvo de un socialista uno de los pitos que tan desagradablemente debió sonar en sus oídos.

El embajador de Francia en Rusia, M. Paleologue, en el momento de tomar el tren.



Retrato del rey de Grecia, pintado por Jorge Scottie y expuesto por primera vez en París.



Mientras
que el aviador
Parmelin
arriesga cien
veces su vida
atravesando
el Mont Blanc
los elegantes
parisienses se apresuran á aprender la Fur-
lana, perdiendo el tiempo lastimosamente.
Como todos los años, en Villefranche se
ha celebrado una fiesta de flores.



Una de las figuras
de la nueva danza Ta-
Tao, que ha sido lan-
zada como gran nove-
dad en París y que los
chinos bailaron hace
siglos. Esperemos que
tenga mejor suerte que
ese pobre tango ar-
gentino, con razón
o sin ella tan exe-
crado.



Niza. — Una carroza original. Con ella se ha tratado
de recordar el aparato Pégoud, con las ruedas en el
aire, sólo que, en vez de ser un aeroplano, trátase
simplemente de un carro. Naturalmente, el éxito ha
sido grande y los improvisados « aviadores » han
sido tan aclamados como el propio Pégoud.



Sevilla. — El taller del Sr. Delgado Brackenbush donde se están esculpiendo las estatuas para los pabellones de la Exposición Hispano-Americana.

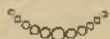


El capitán Herrera, amador militar, que ha atravesado el estrecho de Gibraltar, yendo de un solo vuelo de Tetuán (Marruecos) á Sevilla, y siendo portador de un mensaje del general Marina para S. M. el Rey. — A la izquierda, el conde de Carlagena, nuevo embajador de España en Rusia.



El alcalde de Madrid imponiendo cruces del mérito militar á los bomberos que más se han distinguido en la extinción del fuego del cuartel del Pardo.

El poético monumento al inmortal poeta Campoamor, de escultor Caullant Valera, que se inaugurará en breve. Todos los artistas han visto con gusto tan justo homenaje, aunque el autor de las «Doloras» no necesite monumento alguno para que su recuerdo perdure en nosotros.



Homenaje al maestro Usandizaga y al conocido escritor Marti-nez Sierra por el gran éxito obtenido con su obra «Las Golondrinas», que toda la prensa ha elogiado.



MADRID SE EUROPEIZA

La fotografía representa una vista parcial de la avenida Reina Victoria y el túnel en que rematará la Gran Vía. El proyecto es del arquitecto señor Carrasco.

Soñemos, Madrid, soñemos...

HAY un estribillo perfectamente madrileño que se repite á todas horas en los periódicos y en las conversaciones: « ¡Estamos peor que en Marruecos!... » Cualquier deficiencia, un abandono municipal, una infracción de las Ordenanzas, el menor bache, encienden la harto inflamable mecha de nuestra indignación. En otros puntos del globo, esta « ropa sucia » se lava en casita, sin dar voces ni hacer aspavientos; aquí en España, y particularmente en la Villa y Corte, la ponemos á secar en las planas de los periódicos, en la plaza pública, en el Congreso, en la mesa del café.

Padecemos una horrible incontinencia

de palabra. Voceamos nuestros defectos sin cuidarnos de estudiar nuestras cualidades. El carácter español da á la crítica resonancias de trompeta, y á la alabanza cobarde sordina de contrabajo. Decimos, coléricos: « Pero ¿ha visto usted? », cuando se trata de un desacierto, de un abandono, de una rutina, de un trámite. En el campo gubernativo, municipal, literario ó político, sólo recogemos, insensatamente, abrojos, desdeñando las violetas, por humildes que sean. Y vuelta al insoportable estribillo: « ¡Estamos peor que en Marruecos! »

Verdad es que en España el progreso avanza con vituperable parsimonia de cangrejo; pero, en cambio, la censura logra precipitado y ciego vuelo de flecha.



Vista de conjunto de la futura plaza de España, que será una de las más hermosas de Europa.

Sin embargo, á pesar de todo, tenemos á veces ministros, alcaldes, arquitectos é ingenieros que se acuerdan de su patria, que se desvelan por ella... ¿Por qué no elogiarlos una vez, ya que tantas les vituperamos? Y, dando un paseo por los pulcros y hormigucantes pasillos del Ayuntamiento, huroneemos un poco... Vamos á ver si, hojeando expedientes prosaicos, surge un soplo de poesía que, aunque municipal, ha de consolarlos inefablemente.

La piqueta puede ser tan simpática como la lira. Á su modo, canta, embellece y conforta. Hoy existen muchos proyectos relacionados con el ornato y la salubridad de la capital. Confiados en ellos, evoquemos el Madrid futuro, tal y como será dentro de... no sabemos cuántos años. De alguno de ellos el público tiene informes imprecisos; pero urge instruirle, aunque sea con nuestra modestia ilusionada. Y puesto que existen tantos planes, y algunos van, por fortuna, dejando de serlo, enumerémoslos someramente. A ver si no suena tanto el estribillo de Marruecos. Soñemos, Madrid, soñemos... y deja por unos minutos de murmurar.

LA GRAN VÍA

Todo el mundo sabe que este proyecto es ya de una vejez venerable, y que con Felipe Pérez y González y los maestros Chueca y Valverde gozó, hace muchos años, de una actualidad más que española.

*Caballero de Gracia me llaman,
y, efectivamente, soy así...*

Después de innumerables vicisitudes, por fin la Gran Vía de Madrid está muy

cerca de ser una hermosa realidad.

El proyecto, original de los arquitectos don José López Salaberry y don Francisco Andrés Octavio, se divide en tres trozos, que formarán un recorrido total de 1.316 metros.

El primer trozo abarca desde la plaza de Leganitos hasta la del Callao; el segundo, desde este último punto hasta la Red de San Luis, y el tercero, desde aquí hasta la calle de las Torres, esquina á la de Alcalá.

En la actualidad, éste es el que se está trabajando con la actividad relativa que impone un asunto tan complejo y en el que han mediado considerables intereses.

Hasta el día de hoy van derribadas *sesenta y tres* casas; queda en pie una, que es el Hotel de Roma.

Por las expropiaciones de estos terrenos el Municipio ha desembolsado *trece millones y medio de pesetas*.

Están edificándose el nuevo Hotel de Roma, dos casas particulares, y pronto comenzarán el palacio de Los Previsores del Porvenir, que, con el de La Unión y el Fénix, el del Casino de la Peña y otros — tal vez el de la Presidencia del Consejo de Ministros y el del Gobierno Civil — darán á esta vía verdadero carácter monumental.

Las obras que ha realizado la empresa concesionaria, únicas que le incumben, son: derribo de las casas expropiadas y urbanización del trozo B, ó sea desde la Red de San Luis á la calle de Alcalá.

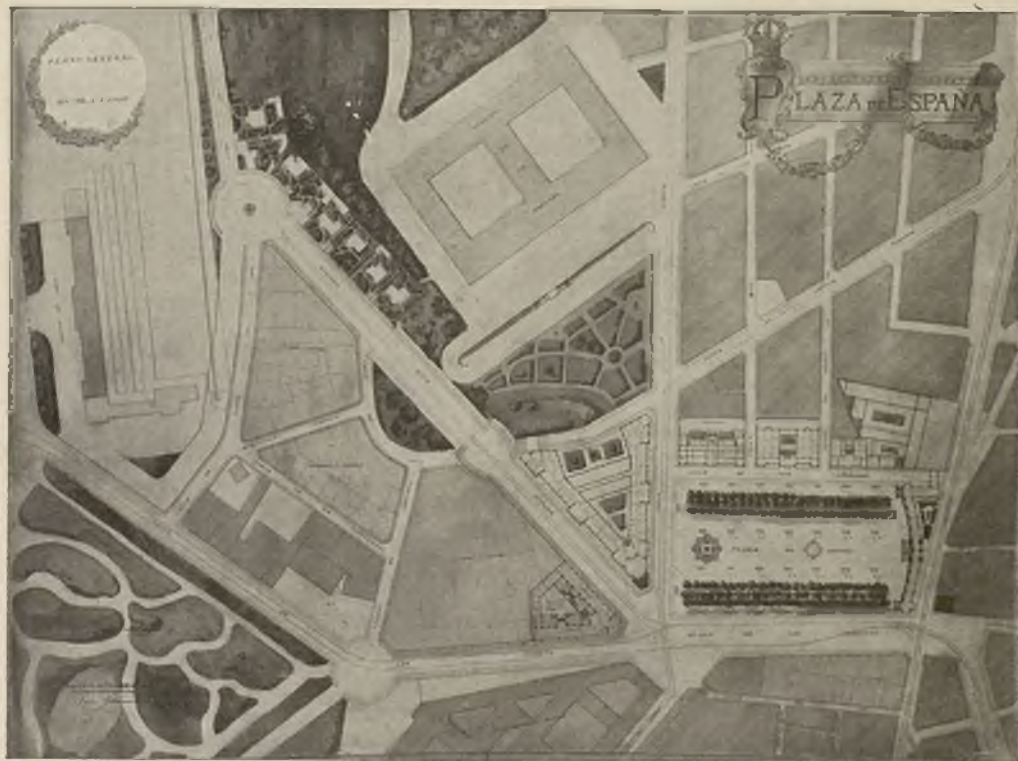
Terminados estos trabajos, en los que, naturalmente, se incluyen los de alcantarillado, trazado de vías, andén central, alumbrado, etc., quedarán los solares vallados, propiedad de la citada empresa,

la cual los venderá á particulares ó edificará por su cuenta, según le plazca, puesto que para ello está facultada. Cálculase que la Gran Vía quedará concluida, en las condiciones expresadas, para el verano próximo. Conviene añadir que la Empresa no tiene obligación alguna de edificar, como creen muchos. Para ello se ha puesto de acuerdo con otra Compañía inmobiliaria que, al efecto, se ha constituido.

lance de las avenidas A y B. La Avenida A (Leganitos-Callao) tendrá 25 metros de anchura; el boulevard central (segundo trozo, Callao-San Luis), 35 metros, y la Avenida B (San Luis-Alcalá), 25. El pavimento del boulevard será asfaltado, y el de las Avenidas, de adoquín basáltico.

Constará el alumbrado de 80 farolas de gas y 43 altos soportes eléctricos. En el paseo central se plantarán 160 árboles.

En resumen: créese que tan hermoso



PLANO GENERAL DE LA PLAZA DE ESPAÑA

El proyecto, del notable arquitecto municipal señor Carrasco, es grandioso. No sabemos cuándo se realizará, pero el optimismo mueve nuestra pluma.

El alcantarillado del aludido trozo ha costado más de 80.000 duros, y el importe total de las obras realizadas hasta hoy se eleva á unos seis millones de pesetas.

Por las expropiaciones del segundo trozo el Ayuntamiento tiene que abonar 18.318.000 pesetas, y por el tercero, 9.000.500.

Con la construcción de la Avenida B, la Red de San Luis, amplia y hermosa, adquirirá una importancia enorme, descongestionando la Puerta del Sol, que buena falta le hace. Será el punto de en-

proyecto — que ha de modificar la fisonomía de la Corte — pondrá en juego unos cien millones de pesetas. Y como dato curioso, terminaremos consignando que el expediente municipal consta de doce tomos abultadísimos en folio...

LA PLAZA DE ESPAÑA

Como coronación de tan beneficiosa obra, allí donde termina la Avenida Ase construirá, en los extensos solares que



UN DETALLE DE LA PLAZA DE ESPAÑA

En ella se ven los grupos alegóricos de las regiones que tanto han de hermosearla.

ocupó el cuartel de San Gil, la llamada Plaza de España.

El proyecto, del notable arquitecto señor Carrasco, es grandioso. No sabemos cuándo se realizará, pero el optimismo mueve nuestra pluma. La Plaza de España, con sus alegorías de las regiones peninsulares, su monumento á Cervantes, sus rampas y sus jardinillos, rematará soberbiamente la Gran Vía.

De allí partirá la espléndida Avenida Reina Victoria, que, atravesando por medio de un artístico túnel la montaña del Príncipe Pío, terminará en el Paseo del Rey, en un gran plaza. Cuando el hermoso sueño del señor Carrasco se realice, los madrileños habrán contraído una deuda de gratitud con tan inspirado facultativo, porque dispondrán de un paseo amplio, cuya topografía fué sabia y útilmente aprovechada.

LA NUEVA NECRÓPOLIS

Cuatro años se lleva trabajando en esta obra monumental, asombrosa, verdadera ciudad de los muertos, como su nombre indica, que honra á su autor, el ilustre arquitecto don Francisco G. Nava.

Según es sabido, edificase junto al actual Cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, y hemos acudido al mencionado arquitecto para que nos dijese algo acerca del carácter general de la Nueva Necrópolis. El señor Nava, amablemente, nos manifestó:

«Hace treinta y dos años el Ayuntamiento de Madrid aprobó un proyecto de gran cementerio, producto de un concurso entre arquitectos españoles; de

grandiosa concepción, trazado regularísimo, cubierto por interminable galería que protegía el paso en todos sentidos; amplias vías y plazas, escalinatas, etc., que facilitaban la complicada circulación de su planta, la que, como los alzados y detalles, denotaba el bizantinismo rigurosamente seguido como estilo único.

»El tiempo transcurrido, durante el cual, proyecto, bases económicas y condiciones de explotación siguieron la tortuosa senda del expedienteo y las reformas, puso fuera de actualidad y dió por anticuados proyecto y bases.

»La empresa de proyectar nuevamente era ardua, pero había la ventaja de ser demasiado conocidas las causas que imposibilitaron el primer proyecto y sus reformas. Este era un dato que se unía á los que aportaban las nuevas estadísticas: progresos de la higiene, ideas modernas que en estilo, construcción y tendencia apuntaban luz bastante para que en su atisbo se pudiera vislumbrar la traza que en la mente precede siempre á la manifestación arquitectónica, elaborada ante tales premisas.

»La Necrópolis iba á ser parque frondoso, con grandes desagües, abundantes riegos, fáciles tránsito y acceso; salubre (valga la paradoja), atractivo; donde duermen nuestros afectos, cariños de nuestra alma, y final y pacífica morada nuestra.

»Para no motivar sentimientos repulsivos no se acentuaría allí, como en la ciudad de los vivos, la separación de barrios ricos y pobres. El contraste de fortuna, mitigado en el límite, sólo daría en su variedad combinación armónica al



*Perspectiva de la Avenida B (desde la Red de San Luis á la calle de Alcalá) de la Gran Vía.
El proyecto se debe á los señores Salaberry y Oclavio.*

ocnjunto. En la ponderación de masas arquitectónicas, quedarían dispuestas las constitutivas del proyecto y previstas las particulares de carácter monumental si desconocida de antemano, dispuestas en ordenación conveniente de puntos de vista, alineación nada rígida ni perjudicial á la libertad é inspiración del que ostenta la belleza y el poder. Nada de la algarabía que se observa en los viejos cementerios, que por lo excesivamente pintoresca, perjudica por la acumulación, la yuxtaposición, el ahogo, en fin.

» Y así surgió el proyecto para adoptar á la vasta extensión de *cien hectáreas* agrupadas alrededor de un cerro, modificando éste por *cinco mesetas superpuestas*, de trazado circular, la tercera de las cuales se ajusta á la forma de cruz griega; aceptando ésta y parte de este trazado del antiguo proyecto, cuya mejor habilidad era la sabia modificación del terreno, aun cuando entonces contaba con la mitad de él próximamente.

» Y se trazaron después robustas gale-

rias de nichos descubiertas, como parapetos de las mesetas y como basamento de los futuros paneles, que las bordearían, resaltando el trazado de conjunto, en sus dilatadas líneas de *1.200 metros de desarrollo*.

» Para facilitar suntuosa entrada se trazó la línea de pórticos, limitada por dos edificios, aunque administrativos, monumentales en sus serias líneas; porquese conjunto de pórticos, puertas ó pasos cubiertos y edificios, forma los propileos que anteceden al gran jardín de entrada que contiene el templo y los pabellones de depósitos de cadáveres, y en este jardín, á su vez, se desarrollan las primeras rampas y se inician las vías que surcan, atraviesan ó rodean á la gran pirámide de gradas que constituye el recinto cerrado por muros y verjas en más de *tres kilómetros de desarrollo*.

» Una excepción habría de hacerse, una separación privilegiada: la de las celebridades en la ciencia, en el arte; los bienhechores de la humanidad habrían de

colocarse en el recinto más elevado de la Acrópolis, disponiendo en ella *el gran panteón*, dominante no solo por esta situación, sino por sus dimensiones (35 metros de altura por 38 de base), de todo el cementerio y de todo futuro panteón. Pero había de caracterizarse el conjunto, someter en estilo á él los detalles, y el eclecticismo ambiente no tiene aún estilo propio para la época actual; está, tal vez, en formación. Someterse á determinada *tendencia de este, de aquel país, de esta, de aquella escuela*, no es decoroso para tratar una obra importante de carácter oficial.

» Conocer los modernos adelantos de la Industria, de la Mecánica; las nuevas ideas, basadas, á su vez, en el estudio de los estilos fenecidos; asimilárselas por el trabajo asiduo, para que, apropiadas á nuestro estilo, desarrollado en nuestra historia, fuero de nuestros materiales y medios de construcción, le remocen y pongan á tono en la evolución general del arte, es labor más fecunda y menos servil que aporta el modesto trabajo á la labor común. Y aquí que tratamos de caracterizar un cementerio español, prescindiendo del pasado clasicismo con su Renacimiento exótico que perturbó el desarrollo de nuestro arte genuino, suje-

lemos la nativa movilidad meridional de este arte, pidiendo á sus predecesores la austeridad que impone el fin y los recursos de adaptación que reclama la asimilación de lo nuevo.

» Presidiendo estas ideas á la concepción, proyecto y desarrollo de la obra, á ellas se sometió hasta la extensión de la misma, porque en los puentes ó viaducos que para establecer la unión del cementerio con el centro de la capital hubo que proyectar, dominó también el estilo y el carácter severo en el empleo del ladrillo, de la piedra y en el uso de las líneas parabólicas, encajadas en un *mudejarismo franco y quieto.*»

Para llevar á cabo tan magnífica construcción —añadimos nosotros— sin rival conocida, el Ayuntamiento ha realizado un empréstito de *diez millones de pesetas*, si bien la parte contratada hasta ahora asciende á 8.800.000. Las obras verificadas ya importan la respetable suma de cinco millones.

Todavía quedan otros proyectos no menos interesantes y beneficiosos que nos permiten, lector, seguir soñando... De ellos me preparo á hablarte, si no te enojé demasiado.

E. RAMÍREZ ANGEL.



Curioso plano de Madrid, tal como era á fines del siglo XVII, original de Teixeira, que se conserva en el Archivo Municipal de la Corte.



LA MANDRÁGORA

Cuento italiano

Busco, encuentro y leo en el primer diccionario que tengo la suerte de descubrir en la mezquina librería de la sala de lectura del único hotel «de primera clase» de una ciudad italiana insignificante:

«MANDRÁGORA. — En griego, «mandragoras»; en italiano, «mandragola»; en francés, «mandragore»; en castellano, «mandrágora»; en latín técnico, «atropa

mandragora», de Linneo: hierba medicinal, de cuya raíz salen muchas hojas de color verde oscuro, rugosas, de más de un pie de largo, puntiagudas en ambos extremos y de muy mal olor. De en medio de ellas brotan flores blanquecinas ó azuladas, de figura de campanilla. El fruto es semejante á una manzana pequeña, redondo, liso, carnoso y de olor muy fuerte y fétido.»

La definición que de la mandrágora da el diccionario por mí consultado, no tiene

nada de común con la que me dió un parmesano, ó parmesano, ó como deba llamarse á los hijos de la ciudad de Parma: persona tan excelente como el queso homónimo, sino para condimentar los macarrones y otros guisos clásicos de la cocina italiana sin afrancesamientos ni otras adulteraciones odiosas, ciertamente para servir de insustituible «cicerone» al forastero estudioso que desee ver algo más que los museos y los monumentos, procurando conocer las costumbres, las tradiciones, la psicología y las necesidades de los pueblos que visita.

El caballero en cuestión me habló de la mandrágora que tienen y veneran, al mismo tiempo, los campesinos de la comarca; y ella no es, por cierto, la *hierba medicinal* de que habla el diccionario, sino una planta (que los montañeses de la Emilia, cuando son sinceros, confiesan no haber visto nunca) cuyo tronco afecta la forma del cuerpo de un gorila, y, por lo tanto, tiene muchísima semejanza con el cuerpo del hombre, lo cual viene á ser lo mismo, ó poco menos, dado que, según cuentan, tenemos el honor y la dicha de descender en línea recta del chimpancé... si bien esto no reza con quienes tenemos el consuelo de no ser partidarios de la famosa teoría darwinista.

La tradición popular á que da origen dicho vegetal de la botánica fantástica, es la siguiente:

En los lugares donde crece la mandrágora — que no es preciso insistir mucho en afirmar que es una planta rarísima — puede darse por seguro, como dos y dos son cuatro, que hay un soterrado entre las raíces de la extraña bestia herbácea.

Para adueñarse de tal riqueza — siempre incalculable — es preciso arrancar de cuajo la planta, la cual, vayan ustedes á saber en virtud de qué ley ó principio, exige siempre una víctima, que es, precisamente, el atrevido que osa llevar á cabo la arriesgada operación.

Pero, como los que se dedican á la productiva tarea de desenterrar tesoros son gente avisada é ingeniosa — pues el oficio está bajo la protección directa del diablo — han discurrido un método sencillísimo, cuanto eficaz, de afrontar sin riesgo alguno la operación preliminar (requisito *sine qua non*) para hacerse con el tesoro. La recela no puede ser más

fácil y puesta al alcance de todas las fortunas. La brindo, generosa y desinteresadamente, á cuantos deseen hacer un buen negocio sin exponer mucho capital:

Se coge una cuerda de bastante resistencia. Uno de sus extremos se ata cuidadosamente al cuerpo de un perro. El otro extremo de la cuerda se ata al tronco de la planta. Sobre el lomo del can se descarga una regular dosis de garrolazos. El animal, naturalmente, procura ponerse en salvo y tira, tira de la cuerda con todas sus fuerzas y con las nuevas energías que le da la paliza... La mandrágora va cediendo poco á poco. Cruje su tronco, se contraen y relucen sus músculos leñosos. Se conmueve y agrieta el suelo en que la planta alianza sus raíces... «¡Cuidado con asustarse!» El firmamento se encapota siniestramente (y digo «el firmamento» porque esto de buscar tesoros, lo mismo en las raíces de las plantas que en la casa del vecino, es operación que conviene hacerla de noche). Ruge la tormenta, menudean los relámpagos, se suceden los truenos á cual más formidables... Por fin, el tesoro aparece al descubierto... Quien lo buscaba puede ya soltar un ¡ah! de satisfacción y cargar impunemente con aquella riqueza que le pertenece por derecho de conquista..., ¡pues el perro ha estirado ya las cuatro patas, siendo la víctima sacrificada á la implacable mandrágora!...

Esta es, contada en pocas palabras, la leyenda en la cual creen á pies juntillas las buenas gentes de muchos lugarejos de las montañas italianas.

Mi amigo el parmesano y su inseparable *Cipí* — uno de los perros más inteligentes que he tratado en mi vida — me acompañaron en aquella memorable excursión al celeberrimo castillo de Cannossa.

Pernoctamos en Reggio, la ciudad natal de Ludovico Ariosto.

Al día siguiente, una hora antes del amanecer, el perro echaba los bofes y las personas sudábamos el quilo subiendo la áspera cuesta que desde el valle del Enza conduce á Rossena, mísero poblado compuesto de media docena de casucas de adobes, que se amparan á un enorme peñasco con su correspondiente castillo en ruínas, y desde el cual, según reza la



tradición y es el parecer de mi erudito acompañante, el conde Azzo Adalberto, fue el primero que hubo de pensar en convertir el picacho de Canossa en fortaleza inexpugnable.

La mañana se anunciaba tristonza y fría.

Grandes nubarrones que se levantaban por la parte de Quattro Castella, amenazaban con echarnos á perder la jornada y la excursión.

Cipi delante y nosotros detrás; él sin aventurar un ladrido, y nosotros sin malgastar una sola burbuja de la escasa saliva que nos lubricaba las fauces, anda que andarás, subiendo cuestas escarpadas, bajando por pendientes no más suaves, nos íbamos acercando á la singular roca, pelada y árida, solitaria y triste, sobre la cual la historia y la leyenda han construido uno de sus más prestigiosos é interesantes monumentos.

Todavía media hora de marcha, describiendo una curva inverosímil, y llegamos á la famosa montaña :

d'ellere e dumi e felci e arbusti mostra,
como cantó Pacchioni.

Una horrible tropa de muchachos desnudos, de mujeres astrosas y de hombres no mejor alaviados, nos cierra el paso, pidiendo, no una, sino muchas limosnas.

Son los únicos descendientes de los antiguos guerreros moradores del castillo, de aquel feudo poderoso que inmortalizó el nombre de la hélica cuanto piadosa condesa Matilde.

Mi «cicerone», evocando los recuerdos del tremendo conflicto entre el Papado y el Imperio, y yo trémulo de emoción al pisar con mis pies y explorar con mis ojos aquellas piedras, cada una de las cuales representa un capítulo ó una página de aquel conflicto sin par, subíamos por el empinado y peligroso sendero que conduce á la cima de la roca.

Cuando llegamos arriba, ya *Cipi* se revolcaba deliciosamente sobre el césped que alfombra el piso irregular de aquella plazoleta.

Yo respiraba con ansia verdadera, con insaciable glotonería de los bronquios y de los pulmones, el aire de aquella altura, que traía en sus ondas ráfagas de tempestad y perfumadas caricias de hierbajos olorosos. Lo respiraba con positiva avaricia, cual si mi pecho sintiese la necesidad de dilatarse mucho para evitar la asfixia por el invisible polvo del pasado, que, á los conjuros de la fantasía exallada, me envolvía en los torbellinos del tormentoso huracán de los siglos.

De pie en medio de la plataforma del castillo, sólo tenía oídos para escuchar la feliz evocación que de los fastos culminantes de la roca matildica hacia mi erudito acompañante, y ojos para contemplar el desfilé — ante el caleidoscopio de la imaginación — de tanta figura noble, de tanto ambicioso, y de tantos corrompidos que se habían acogido á la bandera de rebelión enarbolada por Enrique IV.

El trueno mugía á lo lejos. Gruesas gotas de lluvia preludiaban uno de esos aguaceros característicos del verano.

Nos internamos en las ruinas.

Asustadas por la tempestad y por nuestros pasos, tronchando la salvaje maleza, las lagartijas corrían en todas direcciones, buscando sus madrigueras entre los

enmarañados zarzales, en las hendiduras de enormes piedras musgosas, trepando por los agrietados paredones que el tiempo desmorona sin piedad ni respeto.

La tormenta se nos venía encima por momentos. Y con esa indudable influencia que ejercen los fenómenos atmosféricos sobre nuestro temperamento de buenos meridionales, yo veía agrandarse, volver á su antiguo estado de solidez, tomar vida, aquellas piedras cubiertas de líquenes y aquellos paredones agrietados... Y reconstruida la primitiva iglesia de Azzo Adalberto, veía pasar por su nave silenciosa la comitiva de los doce canónigos que sirvieron el templo hasta la época de Beatriz de Canossa, la cual los sustituyó por los monjes de San Benito... Y allí, en un ángulo obscuro — el más obscuro — del rico oratorio, percibí á Enrique IV que veía desatendidas por el papa sus continuadas demandas de perdón, y, ora enviaba al Abad de Cluny como embajador suyo cerca del Pontífice, ora comprometía á la misma Matilde á aceptar tan delicada misión, acabando por acogerse á la penitencia de postrarse lloroso y suplicante á los pies de Gregorio VII.

Llovía á mares.

Los relámpagos y los truenos se sucedían sin intervalos de continuidad.

El parmesano seguía hablando, embohrachado por la misma magia de los sucesos que evocaba, comunicándome sus envidiables conocimientos históricos, sin advertir ninguno de los dos que el aguacero nos había puesto hechos una lástima. Yo, oía y medilaba, chapoteando con los pies — á guisa de inconsciente protesta contra el remojón — en el lodo rojizo que reemplazaba á los mármoles y los estucos de aquella iglesia de nuestras fantasmagorías.

Cipi, el perro, dando también una prueba elocuentísima de su afición á las cosas de la historia y de la arqueología, aguantaba heroicamente el chaparrón, sentado sobre sus patas traseras, mirando lijamente al amo, chorreando agua por todos los pelos de su cuerpo.

Decía mi sabio acompañante:

— ... Estas ruinas, estos pedruscos, es todo lo que queda de la grande, de la imponente Canossa... Esto, que fué el refugio de la hija de Rodolfo de Borgoña y de la maltratada esposa de Enrique IV, y del papa Urbano II, y del emperador

Enrique V, y de su hija la esposa del rey de Inglaterra, y de los ciudadanos de Reggio, fugitivos ante las tropas de los Superiores, y del inmortal cantor de Orlando..., esto, no tiene ahora ni un mal

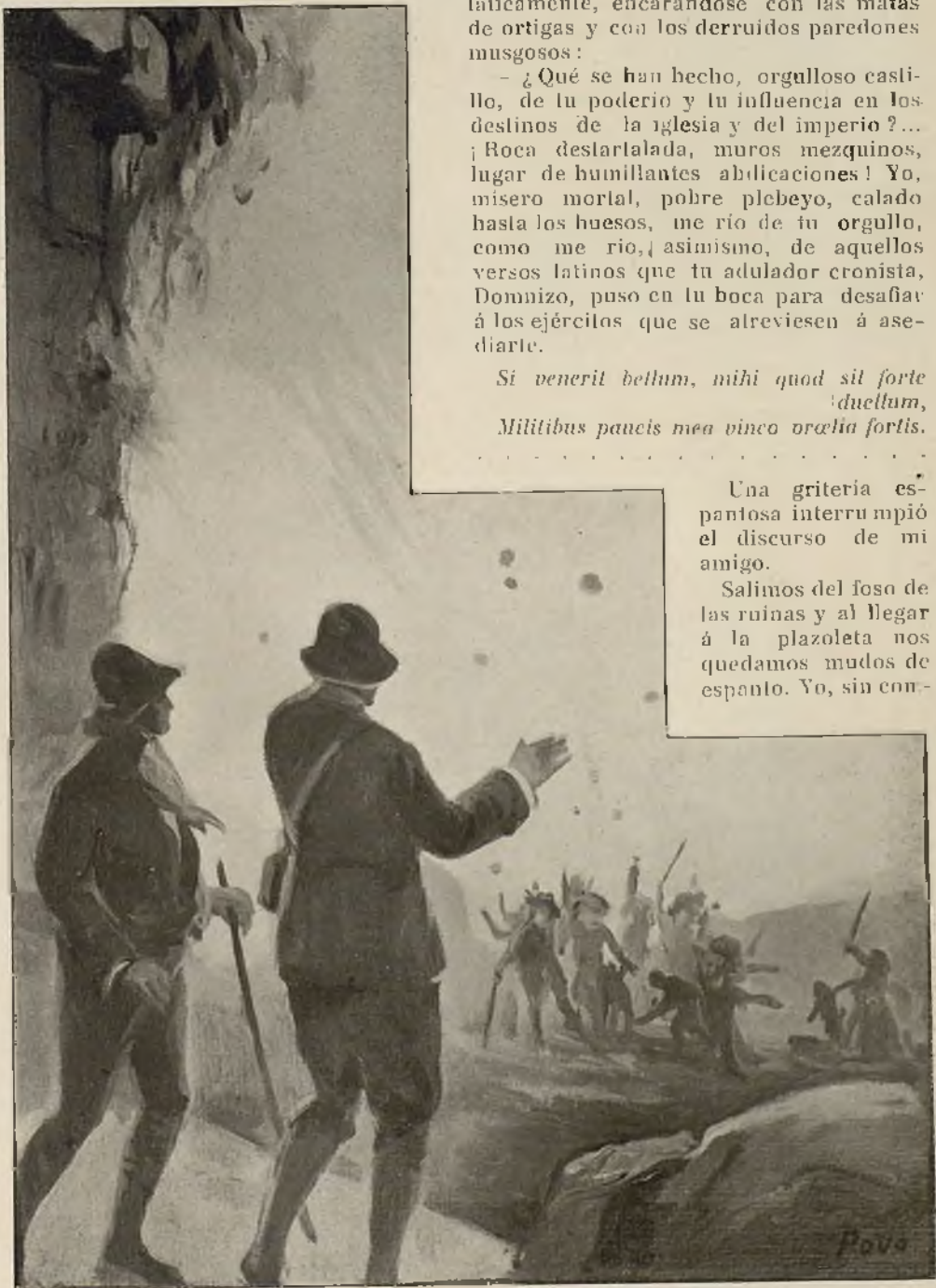
reducto, ni un cobertizo que nos ampare de la lluvia. ¡ Así acaban las más sólidas construcciones de la soberbia humana !... Y aumentaba el tono declamatorio de su elocuente perorata, para interrogar enfáticamente, encarándose con las matas de ortigas y con los derruidos paredones musgosos :

- ¿ Qué se han hecho, orgulloso castillo, de tu poderío y tu influencia en los destinos de la iglesia y del imperio ?... ¡ Roca destarlalada, muros mezquinos, lugar de humillantes abdicaciones ! Yo, misero mortal, pobre plebeyo, calado hasta los huesos, me río de tu orgullo, como me río, ¡ asimismo, de aquellos versos latinos que tu adulador cronista, Donnizo, puso en tu boca para desafiar á los ejércitos que se alreviesen á asediarte.

*Si venerit bellum, mihi quod sit forte
duellum,
Militibus paucis mea vinco ora lia fortis.*

Una griteria espantosa interrumpió el discurso de mi amigo.

Salimos del foso de las ruinas y al llegar á la plazoleta nos quedamos mudos de espanto. Yo, sin com-



prender la causa de lo que veía; el parmesano, mirándome con indecible expresión de angustia, en la que había no poco de vergüenza; y Cipi, el pobre Cipi, acometido á palos y á pedradas por una tropa de haraposos que en su frenesí amenazaban con comérseños vivos ó poco menos.

Eran los habitantes de las chozas del llano. Los mismos que, horas antes, exhibiendo la rastrera humildad de todos los mendigos de oficio, nos habían saqueado un buen puñado de monedas de cobre.

— ¡Birbanti!... — carraspeaban los viejos, enarbolando los garrotes.

— ¡Eslos forasteros han atraído la tempestad!... Y vociferaban las mujeres, llorando á moco tendido y acompañándose con desesperados gestos de brujas en aquellarre.

— ¡Y birboni, cercano la mandrágora!... Y rugían todos.

Y la emprendieron á pedrada limpia con nosotros.

¡Misericordia divina! Aquellos cafres, rindiendo homenaje á la leyenda popular, nos, habían tomado por buscadores de

tesoros soterrados en las raíces de la fabulosa planta.

Envueltos en dos frazadas viejas, de prestado (en tanto se secaban nuestras ropas al calor de una buena hoguera) contóme mi acompañante, el erudito parmesano, avergonzado de la estullicia de sus paisanos, en la posada de Ciano, la tradición pintoresca de la Mandrágora. Mientras tanto, el velerinario del pueblo ensayaba los recursos más heroicos de su ciencia en el infeliz Cipi.

... *Si venerit bellum...* dicen los irregulares versos del Domnizo, ridiculizados por el erudito parmesano.

¡Y la guerra vino, para nosotros aquel día!

En ruinas y olvidado casi, el célebre castillo de la condesa Matilde se hace respetar todavía.

Yo sé, por experiencia propia, que aun hoy es imposible ir á Canossa... ¡sin hacer penitencia!

SEGARRA Y JULIA.

Londres, 1914.





En el cafetín, los compinches aguardan el momento propicio de asaltar al transeúnte. Otras veces la comenzada partida de cartas monopoliza su atención y con el colorcillo del vino no es extraordinario que haya puñalada.



Este muchacho de aire con el rabillo del ojo los mo-

socarrón sigue mimientos del transeúnte que lee un cartel.

En la Corte de los Milagros

Los Apaches Parisienses

CREYENDO que el empleo de las *extremidades abdominales* en las disputas callejeras nos rebajaría, igualándonos a los borricos, los españoles nos conformamos con defendernos á bofetadas ó á puñetazos. Mas, en París, los deportes de defensa están en su apogeo y la gente maneja á maravilla los cuatro remos, la cabeza y hasta el aliento. Así, el viajero despreocupado que llega á París, si por desgracia para su tranquilidad espiritual



mejor es quedarse en casa, esperando que los periódicos nos relaten los dramas de los "fortifs", como burlescamente llaman los parisinos á las artificaciones que aprisionan París y que ya han comenzado á ser derribadas, á fin de agrandar la población

se detiene ante el escaparate de un librero, extrañado de ver los numerosos volúmenes que se editan consagrados á la defensa personal, échase á pensar que cuando el río suena agua lleva, y que si la gente dedica tan preferente atención á estas cosas, es porque, realmente, se corre gran riesgo aventurándose de noche y aun de día por las calles de París. Y he aquí al desventurado, en el cuarto de la fonda, dando coces á las paredes y á los muebles para aprender rápidamente el boxeo galo, el que pone en movimiento manos y pies, la acreditada lucha de la *sanale*.

En cuanto atraviesa uno la frontera, no se oye hablar sino del *coup du père François*, de la *bande tragique*, de la *rouquine sanguinaire* ó de los *apaches* de catorce á quince años que por distracción descargan sus revólveres contra el transeunte desgraciado é inofensivo que se encuentra con tales angelitos á los postres de sus fraternales ágapes.

Cuando yo llegué á París, una de las primeras cosas que me preguntó el fon-

distia, cuando me hubé instalado en mi habitación y limpiado el polvo del camino, fue si tenía revólver, ofreciéndome uno y advirtiéndome, además, que si volvía tarde á casa, por la noche, echara por el centro de la calle, para evitar una sorpresa.

Tan exageradas advertencias, como en otros muchos compatriotas, produjeron efecto contrario al presumido por el fondista, avivando mi curiosidad y el deseo de conocer á los verdaderos *apaches*, aunque en ello se corriese grave riesgo de recibir una paliza ó algo peor. Y acompañado por dos amigos, también españoles, una noche, á eso de las tres de la madrugada, nos dirigimos hacia las fortificaciones del lado de la Roquette.

Hacía frío y caminábamos medio á tientas, porque á esas horas y en tales sitios no hay apenas alumbrado. Comenzábamos á descubrir la locura de nuestra excursión; pero, temiendo que cualquier palabra pudiera interpretarse por miedo, seguimos avanzando silenciosamente, los

dientes apretados, el entrecejo fruncido y los ojos escudriñadores. Por mi parte, para calmar los nervios, acariciaba de vez en cuando la culata del revólver que llevaba en el bolsillo, razonando que,

para cobrar ánimos, de la que nos hallamos separados por una gran zona de sombra que la aprisionaba, alejándola para siempre de nosotros, sus fuegos nocturnos parecían apagarse bajo la pesadumbre de la niebla, anunciándonos algo desagradable.

Continuamos avanzando, y des-



antes de verme fuera de combate, podía echar por tierra á seis bandidos.

Mas no es de criticar nuestro nervosismo, porque, al pasar junto á los taludes de las fortificaciones, alzábanse en la obscuridad medrosa de una noche de luna en agua, siluetas sombrías y amenazadoras que, después de detenerse un momento para mirarnos, desaparecían sin saber cómo, para reaparecer un poco más lejos y cuando menos lo esperábamos.

Como *Tartarin en los Alpes*, nuestras voces resonaban lúgubres, perdiéndose en la lejanía de las avenidas próximas sin casas, y cuando mirábamos á la capital



Los "capita listas", reunidos durante el día en los muelles, parecen desca- bezar el sueño atrasado; pero, en realidad, no desdeñarían un buen negocio. Otras veces trátase de los desheredados de la fortuna, que fueron empujados por la miseria hasta estos lugares y que, de un momento de afusca- ción dependerá que sigan el camino marcado por la honradez ó aquel otro que conduce hasta el presidio.

En esta fotografía, el señor sentado en el banco se entretiene imprudentemente en contar el dinero que lleva en el bolsillo; á su lado, el joven sigue con disimulo la operación, maquinando la manera de que pase á su poder.

De pie, el mismo señor es abordado por el sujeto, que, tratando de entablar conversación con él, terminará por robarle.

pues de una hora de paseo por las fortificaciones íbamos á retirarnos á acostar, cuando dos sombras de hombre aparecieron de pronto á unos pasos de nosotros. Nos detuvimos, pero como los dos hombres avanzaban decididamente, convenidos de que nos querían atacar y temiendo estar rodeados por otros, que estarían

ocultos por allí, sacamos los revólveres y nos lanzamos animosamente contra ellos, dispuestos á vender cara la vida.

— ¡Socorro! ¡socorro! — gritaron los pobres diablos corriendo como gamos y creyendo sin duda ser atacados por auténticos apaches.

Afortunadamente para nosotros, no ha-

bía guardia alguno por aquellos lugares, porque de haberlo, hubiéramos parado en la comisaría, por ataque nocturno, pues estoy convencido de que aquellos individuos eran dos infelices obreros, levantados de madrugada para ir al trabajo.

ANTONIO MUÑOZ PÉREZ.



Lo mismo que en la anterior fotografía, si no teniendo dinero suelta un transeunte se arriesga á cambiar un billete, exponiéndose á que los apaches refugiados en los "cabarets" lo asesinen.



FANTASÍA SOBRE LA MODA



*He aquí uno de estos
raros animales. De ex-
tremidad de cuerno á*

*cuerno hay dos metros
de distancia y como peso
unas veinte arrobas.*

El Coloso de los Bosques

CUANDO los primeros colonos franceses pudieron aventurarse en el interior del Canadá, abriéndose camino á través de las tribus de indios, fácilmente encontraron nombres para apellidar la mayor parte de los animales cuya solitud acababan de turbar; ciervos, osos y lobos tenían sus equivalentes en Europa, pero se sentían un poco desorientados ante el enorme cuadrúpedo de hocico grotesco y de astas majestuosas, al que los pieles rojas llamaban *mongsua*, el comedor de ye-

mas de plantas. Y todos gritaron: ¡Qué tipo de animal más extraordinario! ¡Qué original!

De golpe y porrazo, el *alce americano* se encuentra con otro nombre que quedaría en el idioma. Poco conocedores de la zoología, los aventureros franceses ignoraban que su descubrimiento había sido ya clasificado por los sabios de la época, pues no se trataba sino de una variedad del alce de Escandinavia. El nombre popular quedó, modificándose según las provincias en *original*, *orignal* y *orignac*.

Los interesantes documentos fotográficos

que publicamos nos dispensan de hacer más ampliamente la descripción de este animal. Advirtamos, no obstante, que la zoología conoce tres especies de *alces*. La que pertenece al norte de Europa y de Asia, y que ha sobrevivido en ciertos bosques de la Prusia oriental, es mucho más pequeña. La especie canadiense, propiamente dicha, es de talla mucho más elevada. La tercera, que habita el noroeste del Canadá y el Alaska, es la mayor de las tres; de esta es de la que nos ocupamos en el presente artículo.

Es probable que el *original* de Alaska sea el mayor de los *cérvidos* que haya existido nunca. Es más grande que el ciervo fósil de Irlanda, gigante de la antigua fauna europea. Mide, generalmente, 2,30 metros desde el suelo hasta la paletilla; pero, frecuentemente, es mayor. Un hermoso ejemplar muerto recientemente en la región del Yukon, medía 2,48 metros, y su peso era, aproximadamente, de una tonelada.

¡El cazador solitario que se enenentre repentinamente ante tal masa, queda dispensado si pierde la sangre fría y se oculta entre las ramas del árbol más próximo! Y lo que hace la aparición más impresionante, es el aspecto amenazador del verdadero bosque plantado en la cabeza del monstruo, pues entre extremidad de cuerno y cuerno, hay más de dos metros.

Está armado tan poderosamente, que hasta las fieras más feroces, los osos y los lobos, se apartan á su paso. Y cuando su cornamenta cae en parte, generalmente durante lo más crudo del invierno, su más terrible enemigo, el oso, duerme con sueño letárgico en el fondo de su guarida. No debe temer sino á los lobos; pero sus pies están armados de cascos duros y cortantes como el acero, y es necesario que la nieve sea demasiado espesa para que una bandada de lobos se arroje sobre él.

En resumen, el enorme animal no tiene en contra suya sino un enemigo peligroso: el cazador. Y aun es necesario que este último se encuentre armado de una buena carabina y que sea lo bastante hábil para del primer disparo dejar fuera de combate al *original*, porque no es corriente que el herido dé tiempo á recargar el fusil.

Mas no fatiguemos al lector con detalles más ó menos fastidiosos y abordemos el capítulo de las anécdotas de caza.

Un cazador aguerrido, de Calgary (Alber-

ta) que había pasado una larga temporada en Yukon, me contó cómo había encontrado al *original*.

Habiendo salido de su choza para «buscar el almuerzo», algunos pichones, seguía silenciosamente la orilla de un río, cuando un sordo bramido le deluvo para escuchar atentamente. Pero el viento soplabá recio por encima del espesobosque, y creyendo que el ruido era originado por los troncos de árboles entrechocándose, se volvió á poner en marcha.

Algunos pasos más allá, vió salir de la espesura un pequeño *original*, que pronto fué seguido por la madre.

— ¡Vaya una ración de carne fresca! — pensó alegremente.

Mas en este momento recordó que su escopeta estaba cargada con perdigones, y apoyándola contra un árbol, abrió el morral para buscar la provisión de balas.

De pronto, un amenazador mugido se oyó tras él, y el macho de los originales apareció ante sus asombrados ojos. Sin más explicaciones, el animal se lanza contra el cazador, que se ve perdido.

Cogiendo rápidamente la escopeta, el cazador echa á correr hacia el río, en donde el animal, después de un momento de vacilación, le persigue. Pero el cazador sabía que el *original*, aunque experto nadador, cesa de ser temible en cuanto pierde pie. Y, excitándole con la voz y el gesto, lo atrae hasta el centro de la corriente, se vuelve de pronto y descarga la escopeta casi á boca de jarro (sin herirle gravemente,) golpeándole después con la culata.

¿Creen que la corrección encolerizara hasta el paroxismo al monstruo? ¡Nada de eso! Desconcertado por la intrepidez del nadador, y también, es preciso advertirlo, privado de sus medios de acción, puesto que no podía atacar ni con sus cuernos ni con los pies, el *original* dió media vuelta y ganó la orilla, mientras que el cazador se refugiaba en la otra.

¡La aventura hubiera terminado, probablemente, de una manera menos cómica si el animal hubiese alcanzado al hombre en tierra firme!

La caza del *original* se hace, generalmente, con pequeños cañones. Es imprudente, y casi siempre inútil, de cazarlo al acecho, en tierra firme, porque tiene un olfato maravilloso que descubre, á gran distancia, el menor rastro dejado por el hombre.

Si no fuera por su glotonería, raramente se pondría al alcance de los cazadores. Pero gusta mucho de los jacintos y otras plantas acuáticas, y por eso se pierde. Una anécdota aclarará esta cuestión.

Invitado á cazar el *original* durante mi

Los ojos de los pieles rojas descubrieron al animal antes que nuestros gemelos, y murmuraron lacónicamente, señalándonos el horizonte:

— ¡Mongsva!

Y, sin darnos tiempo á que enfocáramos



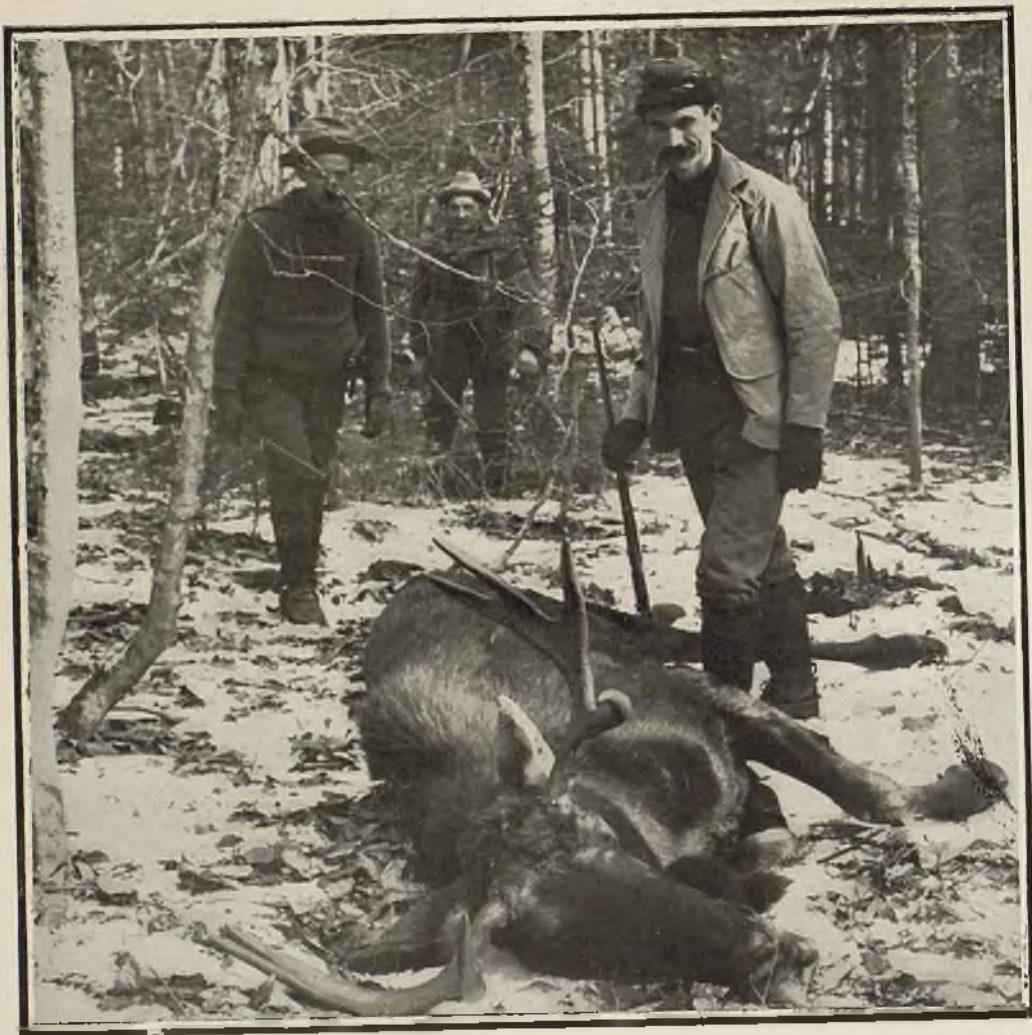
Esta habitación se diría sacada de una de las novelas de Julio Verne. Así descansan los cazadores, en espera de que su buena suerte los ponga en el camino del "original".

estancia en Alberta, ocupé mi sitio en un largo barquichuelo de corteza de árbol, con mi amigo el señor James Mac Nab. Dos indios remaban.

Hacia más de una hora que salimos cuando el río desaguó de pronto en un lago mucho más largo que ancho. Cogiendo los gemelos de larga vista nos apresuramos á escudriñar el horizonte.

al animal con los gemelos, se pusieron á remar enérgica y silenciosamente.

Diez minutos después comenzamos á ver animal, aún á dos kilómetros de distancia. Cuando la línea de separación quedó reducida á la mitad, los indios adoptaron una curiosa táctica. Hundido en el agua hasta medio cuerpo, el *original* estaba distraído con la busca de las plantas



Es probable que el original de Ataska sea el mayor de los cérvidos que han existido. Frecuentemente mide 2 30 metros desde el suelo á la paletilla.

acuáticas, que no podía alcanzar sino metiendo la cabeza debajo del agua. Siguiendo sus movimientos, los indios no remaban sino cuando el animal se zambullía, lo que duraba de unos cuantos segundos á un minuto.

Y la reaparición de los ojos inquietos y escrutadores del alce dejaba á los remeros en una inmovilidad absoluta.

Avanzábamos por empujones, y no sé si empleamos un cuarto de hora ó una hora entera en franquear los dos tercios de kilómetro que nos separaban del gran cérvido. La caza me apasionaba tan vivamente, que el tiempo no contaba para mí. Retenía mi respiración, ¡creyendo que el

tic-tac de mi reloj de bolsillo podía espantar al alce!

Ahora lo veíamos bien y distinguíamos perfectamente sus movimientos, cuando sacaba del agua su enorme hocico y comía satisfecho raíces de las plantas acuáticas, sin dejar por eso de mirar á uno y otro lado. ¿Le anunció nuestra proximidad un presentimiento? ¿Había oído el imperceptible ruido del agua deslizándose por los costados de la piragua, ó, aunque el aire estaba tranquilo, nuestro olor había impresionado su olfato?

De repente se estremeció, crizándosele las crines, y levantó la cabeza aspirando el aire. Dió una furiosa patada en el agua,



Un hermoso ejemplar muerto recientemente en la región del Yokon; media 2'48 metros y su peso era, aproximadamente, de una tonelada.

volvió á husmear el aire con más fuerza y saltó á la orilla, que distaba un centenar de metros. Pero ya no podía escapar. Estallaron dos tiros : cayó el animal y el agua se tiñó de rojo.

LA CAZA CON "RECLAMO"

Para cazar con reclamo es preciso ir acompañado de un cazador muy práctico en las cosas del bosque, porque esta caza es tan peligrosa como difícil.

Por lo demás, no puede hacerse sino durante una quincena, en todo el año, á fines del verano. Y el más ligero viento puede hacerla fracasar.

Al contrario, cuando el aire es tranquilo,

el sonido de la trompeta de corteza de árbol (de esta materia se hacen los reclamos) alcanza ocho y diez kilómetros, sin que el animal pueda descubrir nada con el olfato.

Después de haber escogido un escondrijo entre un grupo de árboles, y, si es posible, en una altura, el cazador comienza á soplar en la trompeta muy quedo, sordamente, por si el alce está oculto en las proximidades. Si estos primeros llamamientos obtienen respuesta, sopla un poco más fuerte, poniendo un intervalo de diez minutos entre los llamamientos. Es raro que el alce no responda en la lejanía, y en este momento es cuando el cazador debe mostrar su

habilidad, para encolerizar al animal, que se imagina que otro macho en celo lo desafía.

La caza se hace apasionada, y las respuestas, que á cada minuto pasa, son más sonoras, anunciando la proximidad del macho de su rival imaginario. Pero avanza irregularmente, desconfiado y helicoso, lanzándose á veces como un bólido á través de los arbustos, que aplasta

con su peso, ó deteniéndose otras ante un zarzal, que se complace en segar rabiosamente con los cuernos.

Si el cazador consigue, entre dos llamamientos sonoros, imitar perfectamente el grito de la hembra, la prudencia característica del macho desaparece, y loco de furor se lanza en línea recta contra el rival que ha osado desafiarle. Y su impulso será tan desordenado, que se hará,



Está armado tan poderosamente, que hasta las fieras más feroces, los osos y los lobos, se apartan de su paso.

inevitablemente, matar á boca de jarro.

Pero, de veinte cazas con reclamo, una tiene éxito. Aun en el paroxismo de la cólera, el *original* sabe descubrir al hombre por el olfato, y huye en el momento preciso en que el cazador lo creía suyo.

En fin, el mayor peligro que presenta esta caza es que un oso, engañado á su vez por la perfección con que es imitado el grito del animal, acuda para devorarlo. ¡Cuántos cazadores no han sido así víctimas de su ingeniosidad! Presto á derribar á un animal inofensivo, en condiciones de inferioridad tan manifestas, el hombre se encuentra ante una de las espe-

cies más peligrosas de osos, de cuyas garras difícilmente se escapa.

De lamentar es, sin embargo, que se persiga encarnizadamente á este animal, inofensivo para el hombre, en general, si no se le ataca, porque, aunque por su talla inspira temor, posee gran belleza, y cuando en un ocaso de estío se le descubre rodeado de los pequeñuelos, el cuadro debe ser inimitable. Pero el cazador no tiene piedad, y de aquí á pocos años no se podrá ver á este animal magnífico sino en los museos de historia natural.

VÍCTOR FORBÍN.



Una buena caza.





Casa de los "amorcillos dorados", desahierta en Pompeya hace poco tiempo y que mediante hábiles restauraciones se encuentra tal y como estaba hace dos mil años. Se diría que, por detrás de la columnata, van á asomar los esclavos del dueño de la casa para preguntarnos qué hacemos allí. Lo que cubrió la ceniza ha visto nuevamente la luz; las injurias del tiempo han sido reparadas: nuevas plantas extienden su follaje allí donde otras perecieron abrasadas; pero el alma de la casa se quemó con sus habitantes, y aunque la Agencia Cook la llene con sus caravanas, se experimenta en ella la sensación de soledad y de muerte.

Ultimos Descubrimientos en Pompeya

HE vuelto á visitar Pompeya; he vuelto á revivir esa impresión deliciosa y extraña que se experimenta entre las ruinas representativas de un mundo que desapareció. Cuando se sueña en la ciudad desenterrada, nos parece hallarnos á muchos siglos de distancia del mundo actual, y tenemos la crueldad de alegrarnos de la previsión con que el Vesubio la envolvió en su manto de lava para conservarla á la posteridad.

El valor arqueológico de Pompeya corre parejas con su valor poético. Está tal vez demasiado conocida, se ha trazado su plano con demasiada perfección, se han catalogado sus casas y sus obras con demasiada minuciosidad. Más bien que un

pueblo en ruinas, parece, á veces, un pueblo en formación, abandonado por los habitantes que han de volver á él para recomenzar su vida acostumbrada, aquella vida que, en el silencio y la placidez de la ciudad desierta, se nos hace familiar, habitual, ordinaria.

Se conocen, por los planos y pinturas encontradas, todos los rincones y toda la situación de Pompeya. Tan lentamente avanzan sus obras, que aún no se ha desenterrado la milad de la población. ¡Cuántas sorpresas admirables quedarán aún bajo aquel suelo que se pisa con inevitable respeto! Hay en nosotros un ansia de conocer lo que resta de la bella ciudad, seguros, como la experiencia nos enseña, de que no ha de ser siempre igual todo lo que nos muestre: *La casa de Vetti*,

la del *Poeta trágico*, la del *Fatino*, la de *Diómedes*, así como la *Via de las Tumbas*; los *Templos*, los *Foros* y las *Termas* son ya cosas viejas, conocidas, sabidas. Queremos algo más. Buscamos siempre ansiosos los descubrimientos nuevos, lo imprevisto. lo que nos aporte un dato más sobre la vida pompeyana. Las dos últimas casas descubiertas, son la de los *Amorcillos dorados* y la de *Obelio Firmo*. La primera tiene ya cinco años de antigüedad (aunque fué construída en el primer siglo de nuestra era), la segunda es una verdadera novedad, recién abierta al público. No han crecido aún las plantas de su jardín, ni se ha cuidado la perfección del decorado como lo está en las otras moradas. Tiene un aspecto de ruina bien conservada que permite distinguir su verdadera situación y que le guarda todo su sabor de antigüedad. Pasado el mosaico de la puerta, sobre el que está escrita la palabra *Solve*, se penetra en el *atrium* con su *simphorium* de mármol destinado á recibir las aguas y el amplio *tablinum*, tal vez el más grande de las casas de Pompeya, lo que denota que el amo era poderoso y visitado. Todo el suelo está cubierto de pedazos de un lindo mosaico, de piedrecitas cuadradas, oscuras, sobre las que se destacan, formando un sencillo dibujo, piedrecillas blancas como margaritas.

El *peristylum* ofrece una belleza solemne, con su jardín despojado en el centro y las derruídas paredes que muestran las entradas del *Triclinium*, la *pinacotheca* y el *æcus*, destinado á las mujeres guardadas en el interior de la casa, de ese modo sabio con que aquel pueblo, maestro en refinamientos de comodidad, sabía separar su vida íntima de la vulgaridad de la vida de relación. Tiene columnas dóricas y algunas con capiteles corintios admirables, conservando en ellas toda la pureza de la primitiva arquitectura, que, desgraciadamente, empezaba á evolucionar en la época de la destrucción de la ciudad, bajo una influencia de mal gusto, merced á la cual se cortaban los capiteles y se recubrían las columnas con capas de yeso, á fin de hacerlas uniformemente jónicas.

Recorro sus habitaciones desiertas. En realidad, nada nuevo añade esta casa á lo ya conocido. Su cocina, que conserva utensilios de barro primitivo, se parece á la cocina de la casa de *Vetti*. De pronto una vitrina de cristales obliga á detener el paso. Allí, cerca de una puerta de salida,

se ven cuatro esqueletos que conservan, con el último gesto, esa expresión de terror característica de las momias encontradas en Pompeya. Hallar cadáveres entre las ruinas es raro. No se sabe si pudieron escapar del desastre la mayor parte de los moradores de la ciudad ó si huyeron hacia el lado no descubierto aún, donde les alcanzaria la muerte.

Sin duda estos cadáveres son los de los dueños de la casa. Un esqueleto de hombre, otro de mujer y dos niños. Los brazaletes valiosos, en forma de serpiente, que rodean el brazo de la dama demuestran su condición. Hay una nota conmovedora: uno de ellos lleva escritas las palabras: *Sperata, Docta, Sponsa, Nupta*, que se escribían sobre la pulsera de desposada. La actitud de ternura con que se agrupan ante la muerte hace conocer también los lazos que les unían. Sin duda corrieron hacia aquella puerta que no pudieron abrir y cerca de la cual perecieron. Apenas el lúgubre despojo. Se considera con pesar los cadáveres de los niños, como si de no haber ocurrido la catástrofe pudieran aún mostrarnos sus sonrisas infantiles. Por un extraño fenómeno desaparece la impresión del tiempo que nos separa de ellos y no nos damos cuenta de los veinte siglos que en la evolución natural hubieran destruído hasta estos pobres restos que gracias á la lava conservadora han llegado hasta nosotros.

Adosados á la casa de *Obelio Firmo* hay dos de las pequeñas tiendas en que se vendía vino caliente y toda clase de productos sobrantes de las casas ricas; y otra más pequeña, con un mostradorcito de piedra, un estante con peines, perfumes y cosméticos y un hornillo para calentar el agua. Es este un *myropelium* precursor de nuestras grandes casas de cultura física, donde se vendían los preciados ungüentos de Chipre, el nardo de Achemenis, el cinamomo de la India los perfumados aceites de la Arabia y la Asiria y el iris de la Iliria de que nos habla Plauto en una de sus comedias. Las damas pompeyanas eran maestras de coquetería en arreglar su rostro y su cuerpo; pintar sus labios, sus mejillas y sus ojos y hacer valer la forma bella del cuerpo bajo la sabia simplicidad del *sutano* de tela finísima que las envolvía, dejando al descubierto los brazos y la garganta, llenos de brazaletes y collares.



Casa de Obellio Firmo que acaba de abrirse á la curiosidad pública. Su aspecto nos trae á la memoria el terrible relato que de la catástrofe de Pompeya nos ha dejado Plinio el Joven y que publicaremos en nuestro próximo número. El hallazgo de varios esqueletos ha contribuido á dar á esta morada una aureola siniestra.

Nada podría enseñarles una coqueta de nuestro tiempo. Han llegado hasta nosotros servicios de tocador tan completos como los puede tener la más elegante de las mujeres. Se ven todos estos descubrimientos con un interés creciente y se procura deducir de ellos los datos históricos para reconstruir la condición de los moradores del edificio. Sin duda, el dueño era uno de los grandes señores burgueses de Pompeya, donde todos habían hecho un ideal de las comodidades de la vida, con un refinamiento de detalles y de belleza. Gracias á esto, Pompeya no nos interesa por su antigüedad y su extraña resurrección, sino por el arte que en toda ella se encuentra. Es toda una maravilla de decorado; los más insignificantes edificios, así como los más soberbios, aparecen llenos de mosaicos, de estatuas, de pinturas y de preciosos mármoles. Hasta la situación de la ciudad, con sus largas calles estrechas, rectas, pavimentadas de lava, tan sólidas y tan definitivas, aumenta la belleza por el encanto de la naturaleza que la circunda.

Cuando dejamos la casa de Obellio Firmo para ir á la de Los amocillos dorados y cruzamos el gran Foro de Pompeya,

comprobamos esta impresión. Este Foro, construido como un *agora* griega, forma un vasto paralelogramo alargado; elegantes columnas clásicas truncadas aparecen como tallos de las que se han arrancado las flores, y aún es rico y fastuoso en sus ruinas. Hay que reconstruir mentalmente este foro, en esta misma hora del atardecer (*Solis Occasus*) cuando el sol se deshoja como una gran dalia de color de fuego en el ancho espejo del golfo napolitano que se extiende detrás de la Puerta de la Marina, y el Vesubio lo corona con su penacho de llamas. Hay que suponer lo que sería este Foro, corazón de la vida de Pompeya, lleno de la multitud de aquel pueblo refinado, artista, plétórico de bienestar, que venía de las termas, del teatro ó de los templos, contento y satisfecho de una vida plácida y sensual.

Con esta impresión general se comprenden mejor estas casas, que nos parecen faltas de luz, por que no conocemos la luz de oro que cierne sobre ellas aquel cielo de la vieja Partenope en aquella tierra de naranjales, de vides, de rumores y de pereza.

La Casa de los amocillos dorados es más interesante desde el punto de vista estético, que la de Obellio Firmo.

La impresión es distinta. Esta nos parece una casa habitada, en toda la plenitud de su vida. Cuidadosamente restaurada, ha recuperado su antiguo aspecto; están en su lugar pinturas, estatuas, bajo-relieves, columnas, fustes, capiteles y arquivoltas. El jardín tiene flores y plantas en la misma forma que aparecen en los dibujos encontrados; las termas se levantan en torno suyo y el agua corre de los surtidores de mármol; se diría que vamos á encontrar sus moradores.

Esta casa tiene algunas novedades notables: lindas máscaras teatrales de una bella y tranquila expresión cuelgan entre las columnas alrededor del jardín del *Peristylum*. Al lado de un Sátiro que recuerda el exquisito arte de Scopos se ve una figura de mujer, seguida de un amorcillo, tan pura y tan graciosa que parece una *Madona*.

Dos *Iariatus* de distinto culto aparecen uno frente á otro como dos rivales preparados á la lucha. El de la derecha está destinado al culto clásico: la trinidad de Júpiter, Juno y Minerva, acompañados de Mercurio, cuya presencia indica que el propietario se dedicaba al comercio.

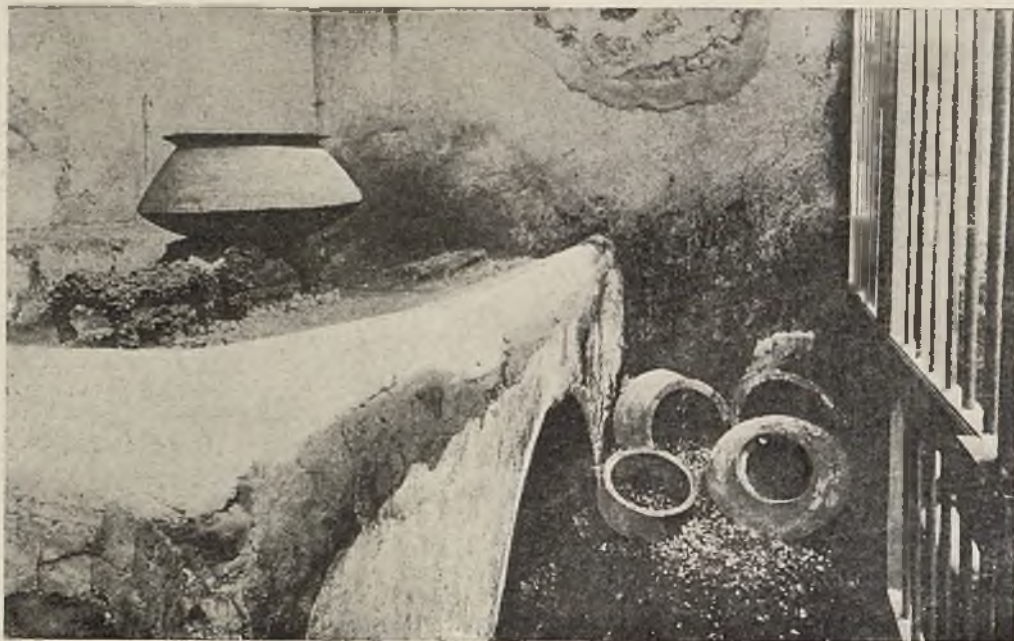
El otro *Iariatus* está destinado al culto de divinidades orientales, tal vez egipcias. Mi fantasía sueña una historia de amor. En una de las habitaciones interiores hay un hermoso retrato de mujer morena que no desdenaría de firmar Ticiano. Tiene una cabeza noble, majestuosa, coronada de trenzas de ébano y una mano admirablemente formada descansando en el amplio seno. Parece un tipo egipcio vestido á la pompeyana. Quizás la que vino de lejanas tierras á compartir el tálamo de esposa con el mercader aventurero y á cuya influencia se deben las diferencias que se advierten.

En el *aeus*, que ella habitaría, hay una decoración extraña y única, que es la que ha dado nombre á la casa. Se ve una imitación de nuestro moderno papel de tapizar, entre las que lucen algunas bellas pinturas y cuatro extraños, medallones de vidrio esmaltado, en los cuales se ven nuniadas en oro, figuras de amorcillos con alas. ¡Nada semejante se había encontrado en Pompeya!

En el *Triclinium* de esta misma casa, se han conservado restos de los tres lechos donde se reclinaban para efectuar la co-



Otra vista de la casa de los "Amorcillos dorados". El que un tiempo fué surtidor ha enmudecido para siempre, y sin la mano cuidadosa del guarda, esas hermosas plantas morirían de sed.



Cocina de la casa de Obellio Firmo. Se conserva en buen estado, así como las vasijas de barro que aparecen á la derecha del grabado, resto de la batería de cocina del rico pompeyano.

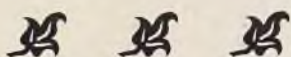
mida, mientras los esclavos los distraían con sus bailes y sus músicas, algunos restos de coronas de rosas y un precioso *brindis* (vaso en figura de cabeza de ciervo) que aún conserva restos de algún preciado vino.

Y, después de esta visita, que ha venido á turbar los manes de los desaparecidos murallones de esta ciudad encantada, nos retiramos descontentos de la pereza y de la lentitud, de la indiferencia, que no hace salir rápidamente al sol todos los tesoros allí ocultos. En la ciudad privilegiada no hay piedra y objeto que no tenga interés. Como no había fabricación de objetos iguales, cada uno de ellos conserva su originalidad, rivaliza en crear formas bellas. En el tirador más sencillo de una de estas puertas hay una cabeza

cincelada; un asa representa una figura viva y bellísima; un plato vulgar, una taza, una accitera son modelos de forma bella; cualquier lámpara sorprende por la línea elegante. Una greca, una incrustación, un grupo de arte se halla en todas partes; en una estufa, en una hebilla, en un mueble cualquiera hay figuras risueñas, maravillosamente ejecutadas. La casa más vulgar nos sorprende con sus pinturas y estatuas maravillosas, de un arte inimitable que hace creer que, por una predilección merecida, la Belleza se mostraba complaciente sin velos á las pompeyanas y que la Línea les había revelado todos sus secretos creadores.

CARMEN DE BURGOS.
(Colombine)

Pompeya, 1914.





DR. ADOLFO A. NOVEL,
Arzobispo de Santo Domingo y Presidente
Constitucional interino de la República.



GENERAL JOSÉ BORDAS VALDÉS,
Presidente interino de la República.

La República de Santo Domingo y sus hombres de Estado

La república de Santo Domingo, debido al esfuerzo inteligente de sus hombres de Estado, encuéntrase en una situación muy próspera, que parece no deber detenerse y que hará de este país uno de los más ricos de América, aunque no sea el más extenso territorialmente.

REVISTA GRÁFICA, deseosa de que cuantos hombres de verdadero mérito existen en América sean conocidos de sus hermanos en Francia, con placer publica sus retratos, deseosa de contribuir en la medida de sus fuerzas á tan justa fama.

Recientemente, en nuestra redacción, hemos tenido ocasión de hablar con un dominicano, que con frase calurosa nos habló del gran progreso de la isla y del impulso que han recibido todas las explotaciones agrícolas e industriales, desde que el actual gobierno había entrado en el poder.

Y, como el país es joven, todas estas iniciativas encuentran buenísima acogida y enriquecen en poco tiempo á la gente que las ha puesto en práctica, lo que anima á todos con el acicate de la ganancia legítima.

Mientras los demás países americanos, ó



LICDO. RAMÓN O. LOVATÓN
Secretario de Estado del Interior y Policía.



LICDO. APOLINAR TEJERA,
*Secretario de Estado de Justicia
e Instrucción Pública.*



GENERAL RICARDO LINARDO,
*Secretario de Estado, de Fomento
y Comunicaciones.*



GENERAL JULIAN ZORRILLA,
Secretario de Estado del Interior y Policía.



GENERAL TADEO ÁLVAREZ,
Secretario de Estado de Guerra y Marina.



LCDO. MARIO SAVIÑÓN,
*Secretario de Estado, de Hacienda
y Comercio.*

CARLOS F. MORALES,
*Ex presidente de la República, hace poco
nombrado ministro plenipotenciario.*

00000000 100

en su gran mayoría, se arruinan con guerras fratricidas incomprensibles, que les harán víctima de la rapacidad de los Estados Unidos, si Europa no interviene — me dijo mi amigo, — nosotros hemos hecho toda clase de esfuerzos para apaciguar estas querellas, consagrándonos de lleno al trabajo, convencidos de que, ayudando á los agricultores, industriales, y al comercio en general, hacíamos verdadera obra patriótica, de aquellas que duran y hacen felices á los pueblos.



el gran mundo



El enlace de la Sita. Dolores de Carabassa ha sido un verdadero acontecimiento.

El matrimonio civil habíase verificado el sábado anterior en la Alcaldía del XVI^o distrito y la bendición nupcial tuvo lugar en la iglesia Saint-Pierre de Chaillot, profusamente decorada con tal motivo.

Formaron la comitiva las siguientes parejas:

La novia, Sita. Dolores de Carabassa, con su padre: el novio, con su hermana; la Sra. de Carabassa, con el ministro argentino en Madrid, Dr. Marco Avellaneda; conde Francisco de Bearn, con la condesa Centule de Bearn; Sr. Carlos Domínguez, con la Sra. Heymendahl; duque de Broglie, con la condesa Pierre d'Harcourt; Sr. Dellepiane, con la Sra. de Oliveira César; príncipe Pedro de Arenberg, con la condesa de Villeneuve Bargemont; conde Bernardo de Bearn, con la princesa d'Arenberg; Sr. de Oliveira César, con la Sra. Dellepiane; vizconde Cornudet, con la princesa de Broglie.

Otras parejas seguían, entre ellas numerosas familias aristocráticas francesas, entre las que se notaban, de la colonia argentina, a las señoritas Domínguez, Ocampo y Avellaneda.

Durante la misa, hicieron la *quête* las siguientes parejas: conde Oson de Bearn, con la señorita R. de Carabassa; Sr. José Luis de Carabassa, con la señorita de Cornudet, y el conde Centule de Bearn, con la señorita F. de Carabassa.

Tanto en el acto religioso como en la ceremonia civil fueron testigos por el novio, sus primos el duque de Broglie y el príncipe d'Arenberg; y por la novia, el Dr. Marco Avellaneda, ministro de la Argentina en Madrid, y el Dr. Vicente Domínguez, ministro de la Argentina en Londres.

Infútil nos parece decir que la joven pareja ha recibido innumerables y magníficos regalos.

En la *corbeille* descollaban un collar de perlas, pendientes de perlas, otros con solitarios brillantes, diadema de brillantes, pulseras, sortijas de brillantes, enorme perla en alfiler de corbata, broche de diamantes con *cabochon* esmeraldas, peine de diamante, cruz de brillantes, sortija de rubíes y diamantes, rosario de oro con granos de platino y perlas, *nécessaire* de viaje, juego de mesa de plata, vajilla ídem, colección de encajes y abanicos antiguos.

Entre los demás regalos, admirábanse los enviados por los príncipes d'Arenberg, duques de Broglie, Dr. Marco Avellaneda, señores y señoritas de Domínguez, señores de Oliveira César (Luz), Sra. Oliveira César de Wilde, Sres. de Moreno Carabassa, Sres. Bernabé de Carabassa, Sres. de Paulo, Sres. de Bemberg (Otta), Sres. de Froderking, Sres. de Zembrorain Dese, Sra. Adela Ocampo de Heymendahl, señorita Ocampo, Sres. de Ayulo, Sr. Cañas y de las principales familias del armorial francés.

Por la tarde hubo gran recepción en casa de la Sra. de Carabassa y entre los distinguidos concurrentes estuvo el embajador de España, marqués de Villa Urrutia, acompañado del distinguido abogado Sr. Botella, á felicitar á los recién casados.

La señorita Lolita Muñoz de la Riva, hija de la eminente artista pintora española doña María Luisa de la Riva, discípula aprovechadísima de su madre, debuta en el salón con gran éxito, exponiendo cinco retratos de señoras conocidísimas en la sociedad de París.

Dichos retratos, por el exacto parecido, por su colorido, por la corrección del dibujante, son dignos de figurar en la Exposición y merecen el éxito alcanzado.

La prensa francesa se ha ocupado de ellos y ha tributado á la joven artista elucubrados elogios.

Lolita Muñoz se ha revelado una verdadera artista.

Nuestra más sincera enhorabuena.

Con el tema «La Novela en España», el distinguido literato D. Alvaro Alcalá Galiano y Osma ha inaugurado en el Hotel Ritz una serie de conferencias organizadas por la Unión de Damas Españolas, siendo muy elogiado por la selecta concurrencia.

En el curso de la interesante conferencia, abundando en ella la sátira, elogió las obras de Azorín, Valle-Inclán, Baroja, Ricardo León y Pardo Bazán, enalteciendo á Pérez Galdós «al que quieren convertir en juguete político».

Tuvo palabras de alabanza para la Prensa, por seguir tan de cerca el movimiento literario.

Atacó á los aristócratas que sólo ven en el libro un artículo de lujo, y que, sin siquiera abrirlo, lo colocan en las bibliotecas, formando simétricas filas, mas prohibiendo su lectura á sus hijas.

Entre el numeroso público notamos las duquesas de Pinobermoso y Algete; marqueses de Olivares, San Miguel, de Iñjar, Scala, Quirós, Torralba y Izurrelaguna; condesas de Andes, Heredia-Espinola, Pardo Bazán, Casa Valencia; vizcondesa de Refañanes y señoras y señoritas Alvarez Calderón, Maura, Gómez Barzanellana, Jenquel, Owens, Lázaro Galdiano, Chávarri, Báñez Barros, Soriano y muchas otras.

Asistieron, asimismo, el P. Zacarías, los marqueses de Valderrazo, Figueroa, Feria y González, condes de la Mortera, San Luis, Andes y otros muchos.



Ensalada

« por »

LUIS BONAFoux



Como quiera que en España no queda ya ningún conflicto por resolver, y el país es otra Jauja, periodistas y periódicos nos hemos consagrado á discutir el pro y el contra de un donativo (pensión anual de 50.000 pesetas), que le asegure al señor Pérez Galdós el reposo de sus viejos días. La política, que todo lo corrompe, ha metido su hocico en esta cuestión, que debiera ser literaria exclusivamente, y se han formado dos bandos: uno por Pérez, y otra contra Pérez; y vea usted cómo yo, por ironía de las cosas de España, resulto incluido en el bando de *El Siglo Futuro*, cuyas son estas consideraciones:

« Todo eso de la pobreza de Galdós, resulta un cuento tártaro. Galdós no es pobre de espíritu, eso es evidente; pero tampoco está pobre de dinero. Desde que puso tienda de novelas (en el comercio literario Galdós no pasa de la categoría de *tendero*, como dijo Bonafoux), el negocio no le fué tan mal á D. Benito. La mayor parte de las obras de Galdós son de escaso mérito, pero se vendieron bien y dieron pingües beneficios al autor. Sus dramas, aunque absolutamente inspidos y vulgares, tuvieron el triste privilegio de ser aplaudidos por toda el hampa revolucionaria, y esos aplausos se convirtieron también en dinero sonante. Por sus derechos de autor, Galdós cobra al año unas 15.000 pesetas; actualmente hay editor que ofrece á Galdós una pensión diaria de diez duros á cambio de la explotación de sus obras; y como director artístico del teatro Español, debe de tener honorarios respetables. La casa que tiene en Santander es un verdadero palacio que vale miles de duros, y es propiedad del « pobre » D. Benito; la que hace poco acabó de construir en Madrid, cerca de la Cárcel Modelo, y en la que mora habitualmente, es un hotel muy bonito, de estilo mudéjar, con ajimeces, torreón alhambresco, puerta dorada, y tiene en el

interior cuadros de Zuloaga y Sorolla. Una misera guardilla, como se ve... A pesar de todo esto, D. Benito Pérez Galdós se reconoce pobre, pobrísimo, y teme que acabará sus días en la miseria. ¡Qué dolor! ¡Qué penal! »

Pero pongamos aparte lo relativo á la pensión anual, á cuenta del presupuesto de 50.000 pesetas; porque si el país está floreciente, si ya cesaron las desesperadas emigraciones al Sur americano, harán bien las Cámaras en votar tal pensión en favor de un literato que, en suma, ha trabajado mucho, y alguna vez, con acierto.

Mi idea es otra: ¿el Sr. Pérez Galdós, como literato, y visto á través del cristal de la crítica europea, merece el homenaje nacional que Francia tributó á Víctor Hugo? No basta, señores, que tal ó cual escritor, tal ó cual filósofo, ó tal ó cual sabio, nos parezcan grandes, á nosotros mismos, en nuestro rincón... Es preciso que también lo parezcan al mundo, y que la admiración mundial, independiente de la nuestra, que es de campanario ó local, se desborde sobre nuestra frontera y se confunda con la que experimentamos. En estos días, cabalmente, Francia ha hecho un honor — ¡casi discutido! — á un literato; no en forma de homenaje nacional, con multitud, banderas, músicas, etc., sino con un monumento sencillo en un rincón de un cementerio; y ese escritor, Jules Vallés, valía, á mi juicio, mucho más que el Sr. Pérez Galdós, porque, como ha dicho uno de sus biógrafos, Vallés debe colocarse entre los mejores prosistas franceses, y su estilo, aunque sobrio, se levanta á cada instante por la emoción y la pasión, animado como una cosa viviente, que tiene carne, nervios, sangre y músculos; y porque revolucionariamente considerado, Vallés fué un apóstol del dolor.

Y no vale aducir, como argumentó

Aquiles, que el Sr. Pérez Galdós ha influido con algunas de sus obras en la mentalidad política del país. No. En todo caso, lo que hiciera retóricamente con la pluma, lo deshizo personalmente con su actitud. Hay que ser un Zola para poder holgarse de haber hecho «un acto» en el camino de su pueblo. Menos me explico la ambición del Sr. Pérez Galdós teniendo en cuenta que, como advierte el citado *Siglo Futuro*, «en estos tiempos en que los homenajes se tributan á toreros y cupletistas, es ya casi cuestión de decoro para un literato el renunciar á tales honores.»

En resumen: ¿el Sr. Pérez Galdós está verdaderamente pobre? Pues el país tiene el deber moral — que no cumplió Francia con el sabio Teller — de ponerle a salvo de contingencias y vicisitudes; pero no tanto como con 50.000 pesetas anuales de pensión, sino con lo que corresponde á un hombre sobrio, modesto y quitado de ruidos, como lo es, sin duda, el Sr. Pérez Galdós. Otras necesidades hay que socorrer. Son muchos, en España, los jóvenes de mérito que, por falta de protección, no florecen más que el almendro; y muchos son los que, faltos de estímulo y sobrados de escrúpulos, rindiéndose á la pesadumbre, se dejan agotar en plena flor. La decrepitud, al fin y á la postre, no tiene más remedio que el sureo; y si D. Benito — que físicamente tiene algo de japonés — fuese paisano del general Nogí, tal vez pensara que habiendo llenado su misión en la vida, lo más acertado para él sería hacerse *karakiri*.

LUIS BONAFoux.

Nota de la Redacción. — En la anterior *Ensalada* de nuestro compañero, á más de haberse suprimido, por error de ajuste, el principio y el fin, hubo una errata que importa salvar, porque desvirtúa el sentido de una apreciación de E. Bark, cuyo texto es como sigue:

«Falta un Clarín, por muy defectuoso, parcial y miope que era, y hay que invitar por plebiscito á Bonafoux a que vuelva á los buenos tiempos de *Aramis*, puesto que hoy se quejan los amantes de la literatura española, del extranjero y de provincias, de los constantes engaños que les da la crítica corriente.»



“Revista Gráfica” en la América latina

oooOooo

Uno de nuestros más queridos colaboradores, D. Enrique Pagés, sale en estos días á realizar un largo viaje por los países hispano-americanos. La misión que le hemos confiado es altamente simpática: REVISTA GRÁFICA desea conocer sobre el terreno las aspiraciones de sus hermanos



D. ENRIQUE PAGÉS.

de América, á fin de hacer cuanto pueda por satisfacerlas.

Al propio tiempo esta visita informativa nos permitirá dar á conocer, gráfica y literariamente, en Europa, no sólo lo mucho que valen centenares de escritores hispano-americanos cuyos nombres, salvo contadas excepciones, no han cruzado el Atlántico, sino, también, la vida y porvenir de todos esos países hermanos, muchos de los cuales necesitan para su desarrollo y prosperidad, que se llame sobre ellos la atención de Europa.

Al despedirse del Sr. Pagés, REVISTA GRÁFICA envía con él su cordial saludo á sus estimados colegas de América latina.

LA REDACCIÓN.

“ Le Chic ”

♦ ♦ ♦

Cartas de una Parisiense

por SIMONE



MODELOS VISTOS EN LAS
CARRERAS

NADA hay absolutamente nuevo, y sólo la interpretación personal da originalidad á la que adoptamos. ¿No es la moda el símbolo de lo inaccesible? Se la compara á una mujer caprichosa, dulce y encantadora un día, indife-





rente y alivia otro, el tipo que dicen los hombres que nunca comprenderán.

La moda llega y pasa con tanta variedad, que es inútil querer seguirla en todas sus fantasías; y, sin embargo, como rotundo mentís, persiste una moda después de dos estaciones, y este año nos promete aún los deliciosos sombreros de pequeñas dimensiones.

Las más recientes creaciones tienden a reducir las alas para hacerlos más pequeños y más monos aún, pero los adornos son grandes y se llevan inclinados hacia adelante.

Se llevará mucho la toca, muy alta como forma, exagerando su altura con los adornos.

Las medidas de protección tomadas en pro de los pájaros raros, han tenido las consecuencias que se podían prever y los *aigrettes* y *paraísos* son cada vez más raros, porque los cazadores de estos lindos pájaros ya no pueden dar abasto á la moda parisiense, así es que tales adornos sólo se ven en los sombreros caros.

En cambio, las flores han reconquistado todos sus derechos

y tendremos lindos sombreros florecidos, cuyo encanto primaveral sienta admirablemente á las gracias jóvenes.

Los sombreros se harán de *semir* de hojas azul con terciopelo negro ó verde obscuro. Generalmente, el sombrero es negro, salpicado de flores de tonos violentos.

Para empezar la estación, es muy elegante y *chic* llevar sombreros de fantasía de electo encantador. Las formas son de tela, siendo las más empleadas el tafetán, el raso, el pequiné con rayas anchas, adornados con flores ó fantasías de metal.





tafelán, raso ó paja, llevan delante una pluma. Es la última novedad; pero no aconsejo á nadie esta fantasía que se hará vulgar en seguida, y para llevar algo personal, se ponen delante unas plumas de avestruz con aplicaciones de oro ó acero.

Entre las tocas hay una muy graciosa y original. El forro lleva un



Por lo que toca á las fallas, la única que puedo aconsejaros es la belga, porque es la que tiene la brillantez y sedosidad del raso. Esta tela obtendrá un verdadero éxito y armonizará perfectamente, como sombrero, con los trajes de hechura de sastre, muy *chics*, un poco masculinos. que harán furor.

Describiré un traje de esta clase que dará idea del *dernier cri* de la moda.

Es azul marino obscuro, con una blusa en forma de camisa blanca, que da á la mujer el aspecto del muchacho que grabó el célebre pintor Callot. Hay que advertir que los cabellos peinados hacia atrás completan la semejanza. El delantero debe ser abierto en forma de chaleco y ha de llevar una corbata violeta obscura y la blusa va cerrada con botones como los de las mangas, las cuales llevarán puños.

El sombrero, como los que he hablado, es el de un hombre ligeramente afeminado: de pequiné negro adornado por delante con dos rosas muy pálidas sujetas por un galón de oro viejo que se anuda atrás.

Muchos de estos sombreros hongos de



lazo dorado que se anuda atrás y como fantasía una pluma adornada de dos botones de oro por delante.

No menos original y parisiense es la *calotte* adornada con raso.

Una forma divertida es la toca puntiaguda como un piñón y adornada con plumas de avestruz.

Pero continuá la moda de los sombreros pequeños. La de las pelucas de colores pasará pronto.

Es inútil que se quieran imponer los cabellos verdes, azules ó malvas. Sólo los llevarán los maniqués y el peinado será liso y hacia atrás, descubriendo las sienes y las orejas, lo que, indudablemente, hace un encantador efecto.



En cuanto á la originalísima idea, que habian anunciado hace ya algún tiempo los periódicos, respecto al adorno de los sombreros con pimientos y otras frutas exóticas, nada hay de real aún. Tal vez esto no pase de ser uno de tantos intentos, muertos en germen, ó su origen resida únicamente en la necesidad de llenar las columnas de ciertos periódicos, ávidos siempre de novedades.

Bien es verdad que la época no es aún llegada en que nuestras bellas acojan la primavera con adornos y vestidos también primaverales. De todos modos, casi puedo aseguráros que esta moda, si llega á lanzarse, no prosperará. El mundo *chic* va ya cansándose de todas esas originalidades que no tienen otro objeto que enriquecer al modisto ó modista que las lanza, muchas veces aun á despecho del buen gusto.





El Secreto de la Momia



Por Jorge MEIRS

CUANDO llegamos se apoderó de nosotros el jefe de Seguridad, quien nos condujo á los pisos superiores.

Mientras subíamos la estrecha escalera, el señor Dumont completó el relato de Asselin. La portera recordaba haber abierto la noche anterior la puerta á un individuo canoso, con perilla, cuyas señas coincidían con las de Marcelo Leclerc. Preguntó por Luciano Roux y subió; pero la cancerbera no recordaba haberle oído salir.

La portería estaba bastante lejos de la cueva donde se había descubierto á su infortunado inquilino, de modo que era posible que el misterioso Leclerc hubiese

arrastrado allí al infeliz; pero ¿con qué objeto? El señor Dumont no lo comprendía.

Habíamos llegado al sexto piso y como nos precedía el jefe de Seguridad no pudo advertir la irónica sonrisa que pasó por los labios de mi amigo.

Este, en cuanto entró en el cuarto de Roux, se acercó á la cama. Pálido, con el semblante descompuesto, estaba acostado, indiferente, al parecer, á todo lo que ocurría á su alrededor.

Muy detenidamente, William Tharps examinó las sábanas del lecho, yendo de los pies á la cabecera, con el evidente propósito de descubrir algo concreto que

creía encontrar ahí. Miró detenidamente un ángulo de la almohada y luego vino á nuestro lado, limitándose á examinar rápidamente el cuarlo con la vista.

En vano interrogaba el jefe de Seguridad á aquel hombre; tan pronto amenazador como amable, procuraba por todos los medios obtener una contestación acerca de su identidad.

El hombre, obstinado, callaba insensible á los esfuerzos del señor Dumont, pareciendo indiferente lo mismo á las amenazas que á las amabilidades.

El jefe de Seguridad se lamentaba; todo cuanto sabía acerca de aquel individuo, se lo debía á la portera. Dicho sujeto era empleado, salía y entraba á horas fijas, no recibía correspondencia y afirmaba ser natural de París, de donde no había salido nunca.

— Es preciso, sin embargo, que me entere de todo — dijo.

Y volviéndose hacia el falso Roux, le preguntó:

— Agrava usted su causa no contestando á mis preguntas. Por última vez le ruego que me diga su nombre, apellido y profesión, ó le arresto.

Fué en vano. Apenas si el interpelado le hizo la merced de una mirada.

Entonces William Tharps se acercó á él. — *¿Cuánto tiempo hace — le preguntó recalcando las palabras — que ha salido usted de Marsella?*

El enfermo dió un salto é incorporándose, midió la distancia que le separaba de la puerta.

— No podría usted salir — continuó el «detective», que había seguido la dirección de su mirada. — Están guardadas las puertas; hay que contestar.

El individuo vaciló.

— Yo no vengo de Marsella — dijo; — jamás he salido de París.

Su voz era poco segura.

El célebre «detective» se encogió de hombros. El jefe de Seguridad lo llevó cerca de la ventana.

— ¿Sabe usted quién es?

— No; pero lo sabré pronto.

— ¿Cómo?

William Tharps miró largo rato á su interlocutor.

— Le aconsejo que lo arreste — dijo sin contestar á la pregunta.

— No puedo, porque al fin y al cabo pasar la mitad de la noche y de un día en un baúl, no es un delito...

— *Inculpele de un robo de correspondencia.*

— ¿De robo de correspondencia?

— Sí.

— Pero...

— Haga usted lo que le digo bajo mi responsabilidad.

El infeliz jefe iba de Caribdes á Scylla; apenas creía esclarecer un misterio, aparecía otro.

El señor Dumont volvió á acercarse al enfermo.

— Una vez más: ¿quiere usted responder á mis preguntas?

— No.

— Está bien; queda usted detenido y le acuso de robo de correspondencia.

El que se hacía llamar Luciano Roux, bajó la cabeza. Desde la última pregunta de William Tharps, comprendía que estaba descubriendo.

— Si desea usted informes — dijo el eminente «detective» — aquí tiene unas señas donde podrán dárselos.

Al decir esto, escribió unas cuantas palabras en una hoja de su cartera, entregándosela al señor Dumont.

Eran las señas de una agencia de la que me había hablado Tharps al principio de este asunto, por intermedio de la cual la carta de Alberto había sido echada al correo en Marsella.

Entonces me acordé de lo que mi amigo me había dicho acerca de aquella carta, que había necesitado cerca de un mes para hacer el trayecto de Marsella á París. Según afirmaba, había permanecido mucho tiempo en un bolsillo después de sustraída del buzón en que fué depositada. Yo no dudaba de que Roux fuese el hombre que echó la carta en Marsella para — mediante un procedimiento que ignoraba — recogerla luego. También recordé que el sobre de la misiva tenía en una de sus esquinas la huella de un dedo pulgar sucio, y no dudaba tampoco de que, gracias á aquella mancha William Tharps pudo identificar al sujeto, observando en la almohada una huella digital idéntica á la del sobre.

— Adelanta usted — me dijo, sorprendido.

Me sonreí, á pesar del tono un poco burlón de mi amigo, porque en el fondo estaba muy orgulloso de haber acertado.

— ¿Si ahora fuésemos á dar una vueltecita á la cueva? — propuso mi amigo al jefe de Seguridad.

— Con mucho gusto, aunque...

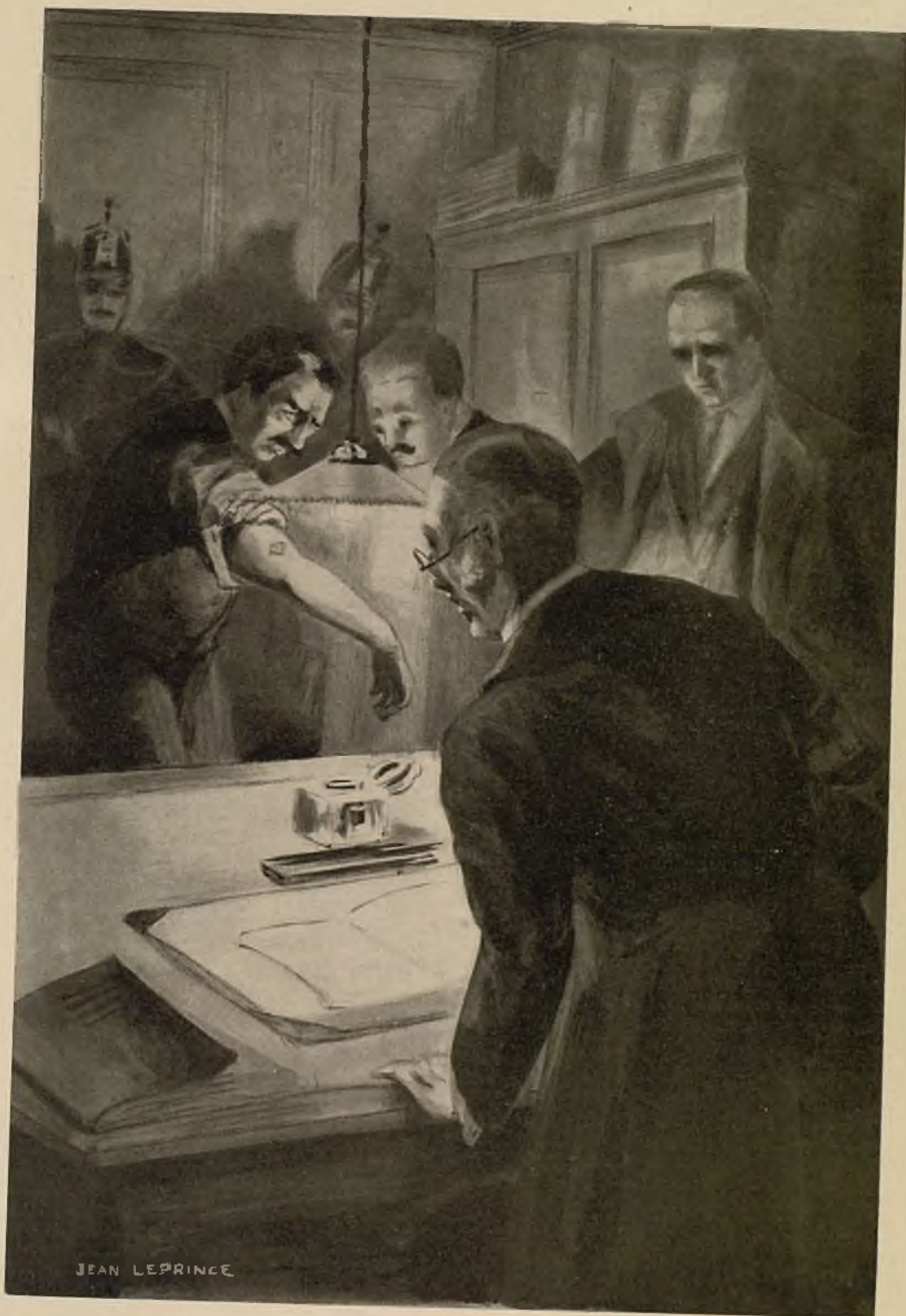
— ¿Eh? — exclamó vivamente el «detective». — No se toma nadie el trabajo de meter á un hombre en un baúl y de encerrarlo en una cueva para nada. Sobre todo cuando se llama Ludovico Marmont. Estoy casi persuadido que tendremos algo que recoger. Luciano Roux había sido dormido...

— ¿Dormido?

— Sí; ¿le parece á usted extraordinario?

— No, pero no veo...

— ¿El interés que había en ello? Yo



JEAN LEPRINCE

tampoco, ó, por lo menos, no lo veo aún; pero creo que no tardaremos en saberlo. ¿Cree usted que, si no lo hubieran dormido, no hubiese hecho ruido mas pronto? Asselin dice que las quejas que oyo eran tan débiles que no sabia de donde procedían; luego es evidente que el individuo acababa de salir de su sopor. Además, como médico, he reconocido en el los síntomas de un estado letárgico debido á la influencia de un narcótico.

Llegábamos entonces á la primera meseta. Asselin, que subía, se detuvo al vernos.

— Jefe — dijo, — me manda el cerrajero para avisarle que no puede concluir el trabajo porque le falta una barrena; ha ido á buscarla y le suplica que vigile bien para que nadie suba...

El señor Dumont escuchaba estupefacto á su subordinado.

— ¿El cerrajero?... ¿qué cerrajero?

William Tharps bajaba la escalera precipitadamente.

— Corramos, Asselin; hay que detenerlo en seguida: es Marmont.

— ¿Marmont?

El pobre jefe estuvo a punto de caerse del susto.

William Tharps y Asselin habían desaparecido, mas era demasiado tarde: el pseudocerrajero estaba ya lejos.

El «detective» inglés parecia furioso. El jefe de Seguridad se lamentaba.

— ¿Qué ha ocurrido? — preguntó William Tharps.

Asselin, dijo:

— Al llegar con ustedes hace un rato, les dejé subir y me quedé aquí. Pregunté á los agentes de centinela y me dijeron que, momentos antes, un cerrajero, llamado por el señor Dumont, se habia instalado en la cueva. Habia pedido que no se dejara entrar á nadie excepto al jefe, de quien recibió el encargo.

» Como yo no estaba al corriente de lo que ocurría, no me pareció extraña aquella orden y creí que el jefe buscaba algo para lo cual habia mandado abrir cerraduras. A pesar de todo, por curiosidad, dije; habia un agente en cada salida del subsuelo y encontré á mi hombre en la cueva vacía, arrodillado, empeñándose en abrir las cerraduras de un gran cofre.

» — No es fácil — dijo sin volver la cabeza.

» Como no le contestaba, levantó la cabeza.

» — ¿Quién es usted? — dijo. — Creí que era el señor Dumont.

» Sólo esta reflexión me hubiese inspirado confianza si ya no la tuviera. No tenia nada de particular que, habiéndome tomado por el jefe, me hablase de la dificultad del trabajo que éste le encomendará.

» Le dije quién era y nos pusimos á hablar, sin que él suspendiera su trabajo, y dos ó tres veces, me pidió que le ayudase. La caja estaba bien cerrada; luego se detuvo un rato y me pidió que luese á buscarle una gota de aceite á la portería, á fin de no tener que moverse.

» Cuando volví, la caja estaba abierta, y ¿saben ustedes lo que habia dentro?

— Una momia.

— Precisamente.

El jefe de Seguridad hizo un gesto de desahento. William Tharps, a pesar del estado de furor en que comprendía yo que estaba, no pudo menos de sonreírse.

Bajamos á la cueva.

Asselin acababa su relación.

En aquel momento el cerrajero le dejó, so pretexto de ir á buscar una barrena. Juntos habian cerrado la puerta de la cueva y puesto un agente de centinela.

Allí le encontramos.

El cabo de vela que ardía en la cueva se habia apagado; William Tharps encendió su lámpara de bolsillo y vimos la momia en su caja.

El «detective» se acercó vivamente.

Me alargó la lámpara, que mantuve cerca de él, y con ambas manos hizo presión en la que la momia tenia colocada sobre el pecho.

Las cintas, que parecían rígidas, se separaron unos tres centímetros, descubriendo la abertura de un colchillo minúsculo.

William Tharps hundió rápidamente los dedos en aquel boquete, del que sacó una cartulina.

Era una tarjeta; después de mirarla, se la entregó al jefe de Seguridad.

Y, mientras le alumbraba, pude leer por encima del hombro del pobre hombre estas dos palabras:

Ludovico Marmont.

— ¡Y van dos! — dijo William Tharps.

— ¿Dos qué? — preguntó ingenuamente Asselin.

El «detective» inglés sonrió burlonamente.

— ¡Oh, nada! — dijo — Apunto las bazas.

VI

En la boca del lobo

La fortuna de Victoriano de Raizet estaba en poder de Ludovico Marmont.

Esto era lo único que interesaba á William Tharps. Ya no existía para él el furor de Camet y de sus cómplices; sólo pensaba en una cosa, sólo una veía: el tesoro de la momia estaba en poder de Ludovico Marmont.

No podía aceptar esta evidencia, que era para él la demostración de su derrota, y guardaba rencor al inútil señor Dumont y hasta al pobre de Asselin que, por cierto, de nada tenía culpa.

— ¿No le había avisado? ¿No se lo dije? Acuérdesse, Lynham, esta misma noche, esta mañana, en su despacho, le dije: «Marmont se ha burlado ya de usted y se burlará de nuevo.»

«Y gritaba, perjuraba que no, que ya no le engañaría más.

«Y no ha tardado: Marmont, á quien los agentes del jefe de Seguridad prolegieran mientras practicaba su primera tentativa, Marmont ha sido ayudado por esos mismos agentes para hacer la segunda. Un inspector le ayudaba á abrir el cofre mientras que los agentes de Dumont tenían apartados á los curiosos y á los que le eslorbaban. ¡Es muy extraordinario!

El timbre del teléfono le cortó la palabra.

Era el jefe de Seguridad que avisaba que el primer interrogatorio de Luciano Roux se verificaría al día siguiente, por la mañana, en el despacho del señor Chesnel, el conocido juez de instrucción.

— Es la primera iniciativa inteligente que le veo tomar — dijo cuando, al terminar la comunicación, volvió á colgar el receptor. — Ese Roux no es, propiamente dicho, un bandido; ha sido arrastrado y nada más. Sabiendo interrogarle, se pueden conseguir informes útiles.

El eminente «detective» se dejó caer en una butaca y, encendiendo un *Maratti*, estuvo largo rato meditando.

Daban las seis y media en el reloj de su despacho cuando salió de su ensimismamiento.

— Vamos de prisa, Lynham; hemos ofrecido á Raizet comer en su casa.

Ni una palabra le dijo á su cliente del cruel desengaño que acababa de experimentar y, por un esfuerzo de voluntad que admiré, se mostró durante todo el tiempo de la comida, chispeante de ingenio.

Nos retiramos á las doce y, ya en su casa, me dió cuenta de su disgusto.

— Decididamente — dijo — llego á dudar de mí. Hace ya siete horas que ocurrió el acontecimiento, siete horas que el tesoro está en poder de Ludovico Marmont y estoy aquí lamentándome y perdiendo un tiempo precioso. ¿Quiere usted prestarme el servicio de pasar la noche aquí, Lynham?

— Sin duda alguna — dije sorprendido, — si puedo serle útil.

— Lo puede usted.

— En este caso es cosa hecha. ¿Voy avisar por teléfono á mi casa?...

— Preferiría que no.

— Pero...

— ¿No ha dormido usted nunca fuera, Lynham?

— ¡Hum!... quizás no.

— Pues bien... admita usted que... que anda usted de parranda.

— Y usted ¿qué hará?

— Saldré por usted.

— Vamos, sea formal.

— Lo soy, y le recomiendo que no conteste á ninguna llamada de teléfono si no reconoce mi voz y que abra á las cuatro y media en punto la carta que le entregaré dentro de un rato.

— Tharps — dije alarmado por aquellas precauciones extrañas, — ¿qué quiere usted hacer?

— No sé todavía; pero, de seguro, no he de quedar inactivo mientras Marmont come á dos carrillos.

A las dos y media William Tharps se levantó de la mesa donde hacía más de una hora que escribía, y sacó un sobre.

— He aquí — díjome al entregármelo; — á las cuatro y media, pero no antes, lo abrirá usted.

Se lo prometí.

Cinco minutos después lo vi desde el balcón alejarse á pie en dirección á la Estrella.

Con el fin de dar á los acontecimientos su interés cronológico, consigno la relación que me hizo más tarde mi amigo.

Daban las tres y media, cuando un automóvil silencioso se detuvo en la esquina de la calle de Belleville y de la de los Príncipes, en el sitio mismo donde la noche anterior habíamos estado.

Sin aguardar á que el coche parara por completo, un hombre de buena estatura, con gorra inglesa, envuelto en amplio abrigo de viaje, saltó á la acera.

Rápidamente, dobló la esquina de la calle y anduvo unos cincuenta metros á buen paso. Entonces se detuvo, examinando á derecha é izquierda la vía desierta; escaló con una agilidad desusada el muro bajo que bordeaba la calle.

El automóvil que le condujera continuó su camino y desapareció.

Luego de orientarse, el misterioso personaje se dirigió hacia un grupo de casas de uno ó dos pisos que se alzaban á menos de veinte metros, á su derecha. En una de las ventanas del piso bajo, una luz vacilante indicaba, á pesar de la hora tardía, que aún no estaban acostados sus habitantes.

El hombre llamó resueltamente á los postigos mal unidos. Oyóse un cuchicheo rápido, luego apagóse la luz.

Transcurrió un minuto.

El hombre dió un puñetazo en la puerta. Pasaron unos segundos. Una voz ronca, que se esforzaba en alterar, preguntó:

— ¿Quién está ahí y de dónde viene?

— Vengo á ver á Luis, el maestresala : tengo un encargo para él de parte del marsellés.

— ¿De parte del marsellés? No lo conozco.

— Tanto peor. Corria prisa.

El postigo de la ventana se entreabrió.

— Acérquese — dijo la voz.

No se movió el hombre del abrigo de viaje.

— Acérquese — repitió el otro.

— Mi encargo no se puede hacer por la ventana. Adiós.

Entonces se abrió la puerta y mientras se volvían á cerrar los postigos, una silueta de hombre rechoncho se vió en el rectángulo luminoso.

— Entre usted.

El desconocido penetró.

Rápidamente examinó el cuarto. Un anciano de cabellos grises y largos acababa de sujetar la ventana; otro, joven, moreno, el que había abierto, se colocó rápidamente entre la puerta y él.

El intruso sonrió.

— He acertado — dijo, sentándose familiarmente. — Ignoraba la casa; pero me ha servido la casualidad.

— ¿Quién es usted? — preguntó el hombre moreno.

— Pronto lo va usted á saber.

— ¿Ha dicho usted que venía de parte del marsellés?

— Por lo menos vengo á hablarle de él.

— Ante todo quiero saber quién es usted.

— ¿Le interesa mucho?

— Muchísimo — contestó el otro, dejando divisar entre sus dedos la hoja de un puñal triangular.

— Tiene usted ahí un honito juguete...

— ¿Su nombre?

— ... y que parece estar bien afilado...

— Basta de bromas. ¿Quién es usted?

— Si no me equivoco, es un puñal corso.

— ¿Quiere usted, por última vez, decir quién es ó?

— ¿O qué?

— Que te degüello como á un conejo.

El hombre del abrigo permaneció sentado tranquilamente, con las manos cruzadas.

— A la una...

No se movió el desconocido.

— A las dos.

Dejó caer las manos á lo largo del cuerpo.

— A las tres.

Un relámpago, una silla que rueda, un grito apagado.

Se había erguido el misterioso personaje; su silla, lanzada con toda fuerza, dió en medio del pecho al otro, quien retrocedió titubeando.

El desconocido quedó en pie.

Rápidamente se quitó la gorra y bajó el cuello de su abrigo.

— ¡William Tharps! — exclamó el otro.

— Ahora vamos á hablar — dijo el « detective ».

El hombrecillo no contestó; en sus ojos brillaba un fulgor de maldad.

— Deja tu juguete — ordenó Tharps.

El otro le acechaba, indeciso.

— ¿Le de cogerla yo?

— Ven por ella.

El « detective » dió un paso con los brazos cruzados.

— Tienes razón, hablemos primero — dijo el hombre.

Y colocó su puñal cerca de él.

— Más lejos — dijo el « detective ». — Allí; muy bien.

— Vamos á discutir tranquilamente, como buenos amigos; mientras, tus camaradas, á quienes ha ido á buscar el viejo, tendrán tiempo de acudir para prestarte socorro.

El hombre del puñal sonrió forzosamente.

— Mucho me temó no poder aguardarlos — prosiguió William Tharps con tono de amable ironía. — Pero tu bastarás para satisfacerme; sólo necesito un pequeño dato. ¿Dónde está Juan Camel?

El maestresala — pues era él el hombre moreno — rechinó los dientes.

— No lo sé.

— Le das otro giro á la pregunta: te pregunto dónde está, no si lo sabes.

En aquel momento dieron un golpe leve en el postigo.

— Ahí están los « cómplices » — dijo el hombre — quizás sepan mejor que yo.

— En ese caso díles que entren.

La flema del « detective » desconcertaba al maestresala más de lo que quería confesar. Hubiera deseado no mezclar á sus cómplices en el asunto sino en caso indispensable, y su presencia fuera bastaba para tranquilizarle.

— Están bien donde están — contestó.

— Como quieras.

El « detective » se cruzó de piernas, encendió un cigarrillo.

— ¿Y qué?

— ¿Juan Camel?

— No le conozco.

— Mientes.

— Además, no tengo que dar cuentas á nadie.

— Me las darás á mí.

William Tharps se había levantado; pero, al propio tiempo, se abrió la puerta y tres hombres invadieron la habitación llena de humo por la mecha de una vieja lámpara de petróleo.

Entre ellos hallábase el coloso cuyo rostro había seguido el « detective » la noche anterior, y le pareció reconocer en el otro

al hombre á quien Luis, el maestresala, habia ido á buscar á aquel rincón la hora de antes.

—Estamos entre gente conocida — dijo William Tharps. — ¿Quién de vosotros se llama Juan Camet?

Los cómplices se miraron.

—Es inútil echárselas de valiente — dijo Luis; — eres nuestro, por muy « detective » que seas.

» Amigos míos — continuó, dirigiéndose á los recién llegados — os presento á William Tharps, el célebre « detective » inglés, el hombre que se mete en donde nada tiene que hacer. El es quien nos ha ofrecido ayer la pequeña gira en automóvil que sabéis, y ha sido complaciente hasta el punto de venir á dejarse prender aquí, so pretexto de darme noticias del marsellés, que ha sido detenido esta noche.

Al oír el nombre del célebre « detective », se oyó un rugido de cólera, pero Luis impuso silencio.

Siguió hablando, recordando las malas partidas que el « detective » inglés habia jugado á la gente de su clase, y concluyó resolviendo que la ocasión era harto propicia para deshacerse de él de una vez.

Tranquilamente, William Tharps habia encendido un segundo cigarrillo. Al emitir Luis la idea de matarlo y oír la aproba-

ción de los demás, dijo consultando el reloj:

— *Es demasiado tarde: debieron pensarlo antes.*

Aquellos hombres se miraron sobre-cogidos.

— ¿Por qué? ¿Está la casa cercada? ¿Has traído la policía?

— No habia nadie cuando hemos entrado — gruñó el hércules.

— El señor está en lo cierto — explicó el « detective » con irónica corrección; — á aquella hora no habia nadie. Pero ahora las dos salidas están guardadas. Mi *chauffeur* ha ido de mi parte á la comisaria para que desde las cuatro haya agentes en las puertas de esta guarida; además un amigo mío tiene un pliego sellado que ha de abrir á las cuatro y media si no estoy de vuelta: en él están mis instrucciones y todos los detalles, que yo sólo conozco, acerca del asunto de Raizet, así como la orden de telefonar inmediatamente á la Prefectura. Son las cuatro y diez minutos; tienen ustedes el tiempo preciso para entregarme á Juan Camet, á quien he venido á buscar.

(Se continuará.)

Jorge MEIRS

Traducido por el Sr. GUERRERO.



ACTUALIDADES DEPORTIVAS

♦ ♦ ♦



M. Hamel, el conocido aviador inglés, que acaba de celebrar un gran match con el no menos conocido aviador francés Garros, triunfando este último.



M. Bonnet, inventor de un paracaídas, momentos antes de emprender el vuelo.



M. Bonnet suspendido á su paracaídas



Un montón de paja ardiendo á consecuencia de una flecha de nueva invención, lanzada desde un aeroplano.



El aviador Garros, que luchó con Hamel en un match interesantísimo, triunfando.



El inventor de unas nuevas flechas destinadas á ser lanzadas de los aeroplanos para provocar el incendio.



En las carreras de velocidad, los dos aeroplanos, tripulados por Garros y Hamel, se persiguen tenazmente.



Garros y Hamel, después del match, se estrechan la mano cordialmente.



*Carrera ciclista de París á Evreux.
ganada por M. Carlos Mantelet.*

CHÉRI-ROUSSEAU

FOTÓGRAFO

12, Rue
Boissy d'Anglas
PARIS



12, Rue
Boissy d'Anglas
PARIS

El taller de fotografía más artístico de París

Los Hispano-Americanos en París

♦ ♦ ♦

HOTEL REGINA

Han llegado:

Sr. Eduardo Buoge, de Buenos Aires; Sr. Mario de Fezanos Pinto; Sr. Ettore de Spadafora; señor E. Pallavicini, de Buenos Aires; doctor José Sahoia Visiato de Nedeiros.

HOTEL MONTANA

Han salido:

Señor A. Christopherseu y familia, para Buenos Aires.

HOTEL LOTTI

Han llegado:

Conde de Heredia Spinola: conde y condesa Saurma.

HOTEL WAGRAM

Rue Rivoli

Han llegado:

Sr. secretario de la Embajada de Palacio, de Méjico; marqués d'Adda, de España: señora Rosa

Lisosky, de Buenos Aires: señora A. Iraget, de Buenos Aires.

HOTEL RÍTZ

Place Vendôme

Han llegado:

Sr. V. O. Campo y señora: Sr. Mavrogordato; Sr. del Chiodo.

HOTEL DU LOUVRE

Han llegado:

Sr. Irarrazaval; señora Carrea Gurza; Sr. Escobar Cerda.

ELYSÉE PALACE HOTEL

(Champs Elysées)

Han llegado:

Sr. de Lizardi, de México; Sr. J. J. Jones, de Barcelona; Sr. Manuel A. Mayo, de Madrid; señor Guillermo Padilla, de Buenos Aires; Sr. José M. Escalier, de Buenos Aires; Sr. Martín M. Llavallo, de Buenos Aires.



LIBRERIA RELIGIOSA

de la

Casa Editorial

HISPANO-AMERICANA

222. Boulevard Saint-Germain. 222. PARIS

♦ ♦ ♦

■ PIDANSE ■
los Catálogos
■ A B C y D ■

Immenso surtido de toda clase de libros religiosos, en español y en francés. Gran variedad en objetos piadosos, imágenes, rosarios, estampas, medallas, etc., de lo más acabado y artístico.

CASULLAS, CÁLICES, COPONES, CUSTODIAS, RELICARIOS
DE UN TRABAJO ADMIRABLE Y Á PRECIOS ECONOMICOS

Casullas, de todos los modelos: fabricación especial de la Casa, desde los más ricos á los más baratos. Se admiten encargos de casullas de dibujos nuevos.

TODA CLASE DE ROPA DE ALTAR

♦ ♦ ♦

■ VENTA AL POR MAYOR Y AL DETALLE ■

